

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 3 de Septiembre de 1899.

Número 10



Illmo. Sr. Dr. D. Jacinto López, Arzobispo electo de Guadalajara.

FOT. DE MORA.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Me desdigo: no es Septiembre mes de verbenas nada más. Es mes de fiestas y de pompas, este Septiembre voluble y falso que muestra por las mañanas un sol limpio, primaveral y fastuoso, y por las noches una luna fría con su halo joyante y húmedo, y sus rosas y oriente de perla que traen á la memoria los cielos de Enero y los paisajes invernales. Las tardes, lluviosas y grises, están entristecidas por una luz opaca y soñolienta que parece cansada de haber alumbrado tanto por el día.

La Naturaleza se pone romántica en Septiembre, como las mujeres que al terminar el baile, á la luz indiscreta del alba, se ven en el espejo de su alcoba, y observan las primeras canas entre las flores de su tocado y las primeras arrugas tras de los afeites de su rostro.

Todavía son hermosas; pero ya no con la frescura de la juventud: la alegría irreflexiva y loca ha huído de ellas para siempre, y apenas si de cuando en cuando entreabre su boca la ingenua y dulce sonrisa que era el encanto de los primeros adoradores.

Mas el gozo humano no se preocupa por eso: celebra sus festivales en los campos melancólicos del Otoño, bajo los árboles que empiezan á cubrirse de hojas secas y frente á los horizontes, cuyas nubes inmóviles y brumosas, fingen en las obscuras lejanías fantásticos y caprichosos mausoleos.

**

La fiesta de Covadonga es en la América latina, una de las más afamadas y brillantes. Suena á castañuelas y bandurrias, sabe á manzana, huele á cidra. Recuerda aquella agria montaña española que tanto hemos subido y bajado de la mano de Don Antonio de Trueba, mientras el buen viejo para entretenernos, nos narraba uno de sus cuentecitos sencillos y tiernos, ó nos cantaba coplas populares, quejumbrosas y suaves.

En este año el proverbial entusiasmo asturiano estará quizá como en los anteriores, mezclado con un poco de tristeza. Todavía duele la herida. Las almas se buscarán entre el ruido para hablarse de la madre desconsolada. Un soplo de pena pasará á veces, por entre el cordaje de las guitarras, y el cristal de las risas se quebrará por instantes sin motivo aparente. En la profundidad de la mirada, es posible que asome una lágrima. De seguro no sonará un sollozo ni se escapará un suspiro; la indomable energía de una raza vigorosa encarcelará á tiempo en todos los corazones á esos hijos imprudentes del dolor. Se aturdirá en el ruido la tristeza.

El contento dirá como el poeta:

Parad el vuelo, taciturnas horas

**

La fiesta de Covadonga abre la puerta á las nuestras. En primer lugar viene una, callada y envuelta en atavíos de luto: año por año se acerca á nosotros para recordarnos la divina muerte de unos cuantos niños. El viejo avaro ha bebido avaramente sangre virgen y mártir. El verso que canta la gloria de estos muchachos heroicos, sacude alegremente las alas bajo las blancas cabelleras de los ahuehetes pensativos. ¡Canta, canta, estrofa de hierro y oro de la moderna epopeya, la audacia infantil de estos chicos que entraron en la inmortalidad por una sublime travesura! Canta la eterna lucha de Goliath y David, del titán y el niño, de la Fuerza torpe y la Gracia heroica, canta, abre las alas bajo la blanca melena de los ahuehetes pensativos.....

**

En pos del 8 de Septiembre, entra el diez y seis, el estrepitoso, el venerado. En él esta hermosa prolongación de egoísmo que llamamos Patria, palpita en nuestro espíritu con mayor exaltación, como vigorizada por la luz de esa aurora, y bruscamente sacudida por las primeras dianas de las músicas militares.

Nos sentimos poseídos de un triunfal entusiasmo y recorreremos con la violencia de la imaginación desencanada, los episodios de lo pasado, las guerras de nuestra vida social.

Es bello el espectáculo.

Vemos, al principio, ese movimiento imperceptible, débil, indefinido que imprime en un pueblo la fecunda savia de la libertad, y que es como la pugna misteriosa de la planta que rompe el terruño para beber la luz.

Del postrer aliento del último héroe muerto en el campo de batalla ó ejecutado dentro de un cuadro de fusiles, brotaba un héroe nuevo: ¡Qué verdad tan profunda encierra la fábula de Graco!

Es preciso romper la tutela para no perecer, como es fuerza que la crisálida rompa el capullo para que vuele la mariposa.

Al reflejo de las llamaradas de incendio de la Revolución Francesa que alumbró nuestras obscuridades, nos vimos fuertes y nos seríamos aptos.

Una ráfaga épica sopió en las tinieblas de nuestras almas y nos lanzamos seguros y resueltos á la conquista del ideal.

No caímos en el abismo, desesperanzados y vencidos como los caballeros del Apocalipsis. Antes bien, á través de las penalidades y de los sacrificios alcanzamos la Tierra Santa.

... Pero no adelantemos los sucesos. ¿Acaso soy el cronista de lo que va á suceder? ¿Me han nombrado acaso para declamar una arenga en la plaza pública?

Ya veremos—no vamos á esperar, por cierto,—lo que nos preparará el día de la patria. *La noche del quince* va á ser, según dicen los periódicos, una maravilla.

Tocaré, como en otros años, la campana del curato de Dolores.

No seamos impacientes. Faltan muy pocos días para la fiesta.

Hablaremos de ella cuando pase.

Los recuerdos suelen ser más elocuentes que las esperanzas.

**

Y nada más me queda que decir, muchacha curiosa y burlona.

En esta semana han pasado los días en blanco.

Se parecen al verso del *Lied*:

Un cielo gris, un horizonte eterno.

Y andar.....andar.....

¿Qué quieres? ¿Lees mi crónica, para distraer tu fastidio? Pues haz de cuenta que leíste la *historia de lo que no ha sucedido*.....



ANGELA PERALTA.

Angela Peralta ha sido la artista lírica más admirable que ha producido México y una de las más grandes de que se ufana la humanidad. Sus dotes naturales, su educación musical, su inspiración y su amor exclusivo al arte hicieron de ella un admirable conjunto que rara vez la naturaleza y el medio logran combinar.

Desde luego, estaba dotada de la voz más admirable que pueda jamás soñarse, voz á la vez de hada, de ángel y de ruiseñor; voz de sirena. Era la voz de Angela un resumen de toda la naturaleza; en ella había susurros como en la brisa; murmullos como en la selva, gorgoros como en los nidos; ecos sonoros como en las cavernas. Revoloteaba como la mariposa y *planaba* magestuosa como el águila.

Escalaba las más altas cimas de la gama y descendía á sus más hondas profundidades, siempre pura, siempre igual, sin adulteraciones de timbre ni desfallecimientos de sonoridad.

La agilidad de su garganta era prodigiosa; cascada de perlas, tal era su gorgoro; para ella la vocalización no tenía secretos, ni misterios ni escabrosidades; en la escala más vertiginosa, en el grupeto más complicado, en la más inextricable maraña de notas, cada una de las suyas se destacaba pura, independiente, distinta é individualmente perceptible, y además, matizada, acentuada, intencionada.

En el canto amplio, lento, modulado, recorría órbitas inmensas; el balance de su canto era majestuoso, como giración de astro, y su voz, que podía retortar, jugar, rizarse y ondular como un arroyo, sabía también correr majestuosa, imponente, inmensamente serena, como un Nilo ó como un Ganges.

Por su timbre y su modulación, por su agilidad y su amplitud, en aquella voz maravillosa se encerraba la expresión de todas las pasiones humanas; lloraba y reía, gemía y clamaba, sollozaba y atronaba. Amor y odio, ternura y entusiasmo, caricia ó herida, todo encontraba su nota adecuada, su timbre propio, su expresión estética. Aquella voz era á la vez arpa eólica y lira sagrada, flauta de Pan y trompa épica, y ni Adelina Patti, la semidiosa; ni la Miolhan Carvalho, la emperatriz; ni menos aún la Melfa ni la Nevada ni la Van-Zaut, las marquesas del arte lírico, poseyeron esa garganta divina ni esa voz celeste de Angela Peralta.

Detrás de aquella voz había un alma de fuego, apasionada, sedienta de ideal, torturada y doliente como toda alma de artista. Angela era artista; no una artista escénica; su ceguera casi completa vedaba á su *juego*, la amplitud, la rapidez y la oportunidad de la acción. Cantaba en las tinieblas, y no podía servir sino de la actitud y del ademán para completar la expresión del sentimiento; pero la voz sola expresaba

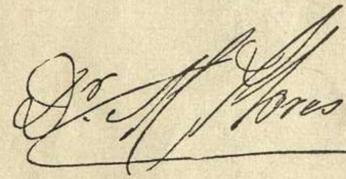
todo lo, interpretaba todo, suplía todas las deficiencias, salvaba todos los obstáculos y hacía vibrar honda, profunda, vivamente todas las cuerdas de la lira y todas las fibras de la pasión.

No tenía como Adelina el prestigio adicional de la belleza y de la suprema elegancia, de los modales aristocráticos, de la educación cortesana; era una artista un poco bohemia, pero que amaba y conocía su arte; que se prodigaba y se ostentaba; que no regateaba ni ponía á subasta sus notas; que cantaba porque el canto era en ella la natural y genuina expresión de sus pasiones, como en el ruiseñor, y que derrochó voz, alma, vida y fortuna por puro y desinteresado amor al arte.

Y luego; académica, correcta, impecable, modelo de escuelas y de métodos clásicos, griega por la corrección del estilo, italiana por el desbordamiento de la pasión, francesa por su gusto exquisito, alemana por la nobleza de su ideal, mexicana por la sinceridad, la franqueza y la prodigalidad. Artista, en suma, como lo son todos los grandes, sintetizando en su alma todas las almas y en sus creaciones toda la vida humana.

Detrás de la artista había todavía una mujer; tierna, dulce, compasiva, generosa; y coronada de todas estas nimbas y aclamada, lisonjeada, arrastrada su carroza por la pléyade de sus admiradores, ungida reina cada noche é incensada como una divinidad, todavía tenía tiempo de ser modesta, humilde, exenta de vanidad y orgullo, hospitalaria y complaciente como una burguesa.

Pesa sobre el artista cantante una fatalidad de la que recientes descubrimientos habrán de redimirlo: no puede aún, como el poeta, legar á la más remota posteridad sus estrofas, como el escultor, sus estatuas, como el pintor, sus cuadros. La maravillosa artista no ha podido legar más que el recuerdo de su gloria y el culto que sus admiradores profesan aún á su memoria; pero sus amigos la aman todavía porque fué buena y muchos desgraciados la bendicen porque fué caritativa y generosa.



EL ILMO. SR. DON JACINTO LOPEZ, ARZOBISPO ELECTO DE GUADALAJARA.

Honramos la portada de nuestro semanario con el retrato de este distinguido y virtuoso prelado que sucederá en la sede de Guadalajara al difunto Sr. Loza.

El Sr. López rigió por muchos años la diócesis de Linares, elevada más tarde á la categoría de arquidiócesis, y su tacto le grangeó aprecio universal en los Estados del Norte y la veneración de sus fieles diocesanos.

Es originario del Estado de Jalisco, circunstancia que unida á las cualidades de espíritu y carácter que tiene el Sr. López, lo hacen idóneo para ocupar la nueva sede para la que ha sido electo.

La primera audiencia del Consejo de Guerra de Rennes.

La sala de actos del Liceo de Rennes, local elegido para el Consejo de Guerra de Dreyfus, es una nave rectangular, espaciosa, de 22 por 15 metros y 8 de altura; las paredes están pintadas de ocre y las laterales tienen seis ventanas; en el friso que corre abajo de los tragaluces, hay inscritos varios nombres de bretones ilustres.

En el fondo hay un foro de un metro de altura, y en el extremo opuesto un busto de la República. En tres días se hicieron todos los muebles necesarios, mesas, bancas y barandillas. El tribunal se instaló en el foro, y á él se llevaron los muebles ordinarios del Consejo: la mesa cubierta de paño azul, los sillones de telas desteñidas y la silla del presidente con su respaldo monumental. Detrás de los asientos de los jueces hay otros destinados á las autoridades, y en la pared del fondo, sobre la silla presidencial, el indispensable crucifijo, la imagen del Cristo, obligada á presenciar, del año de 1894 á la fecha, escenas tan poco cristianas.

El foro fué ensanchado á uno y otro lado para dar lugar en el de la derecha del presidente al banco del Ministerio público y á la izquierda al de la defensa. En el centro están los testigos y á la derecha de éstos el acusado, dando la espalda á sus defensores.

La sala está dividida en tres departamentos por medio de barandales: el primero es el de los testigos, con sillones de terciopelo rojo para los generalazos, ministros y demás personajes de alto fuste y sillas



DISTRAIDA

comunes de paja para la gente menuda; el último departamento que es el más pequeño, está destinado al público, y el del centro ocupado por los representantes de la prensa del mundo entero, tiene por un lado cinco filas de mesas paralelas al gran eje de la sala, y por el otro, diez y nueve mesas perpendiculares á esa línea.

La primera audiencia, que reproduce nuestro grabado, no fué lo que han sido las audiencias posteriores, la del día en que el público hostilizó á Mercier, la del día en que se cometió el atentado contra Labori, la del careo entre Perier y Mercier, tan lleno de incidentes dramáticos.

A las seis y media de la mañana, la pacífica ciudad veía el desfile de los testigos, de los periodistas y de los curiosos que venían de París y del extran-

jero á presenciar las audiencias del proceso. No hay, sin embargo, indicios de esa febril agitación del proceso Zola; los espectadores y testigos que se dirigen al Liceo, van tan tranquilos en apariencia, dice un periódico, como los miembros de un Congreso de economistas que se dirigen á inaugurar sus tareas.

El público y los periodistas se instalan en los lugares que tienen designados; hay pocas damas, casi todas ellas de la prensa: en el foro, detrás del tribunal, una vestida de blanco, la misteriosa «dama blanca» de quien tanto ha hablado la prensa.

Ya están instalados el Comandante Corriére, Comisario del Gobierno, su adjunto el Comandante Mayence y el Secretario Coupois; á la derecha, Demange y Labori, ocupan los extremos del banco con sus secretarios Collenot y Hild entre ellos. Llegan los

testigos: Casimir Perier, Mercier, de Boisdeffre, Zurlinden, Chanoine, Picquart, Lebrun-Renault, la viuda de Henry...

Suenan las siete: se anuncia al Consejo, la guardia presenta sus armas; el silencio se hace profundo y los jueces vestidos de riguroso uniforme, penetran al salón y ocupan sus asientos.

Todo el interés se concentra en la figura de Dreyfus; el aparecido de la isla del Diablo se presenta, su paso es firme, su busto erguido, lleva guantes blancos; sube las gradas de la plataforma, se detiene ante sus jueces, se para con los talones juntos, militarmente, saluda, se descubre y se sienta. Todos dicen que ha cambiado poco; está más delgado, más nervioso, su pelo ha encanecido, pero el rostro es enérgico y no acusa depresión...



EL PROCESO DREYFUS.—La primera audiencia del Consejo de Guerra de Rennes.

Sarah Bernardt en el papel de Hamlet.

Se ha discutido y aun ocasionó un duelo entre dos literatos, la interpretación del Hamlet, hecha últimamente por Sarah al representarse una nueva traducción francesa del drama de Shakespeare.

Morenet-Sully... qué gran precedente! Sin embargo, dicen por ahí que la Sarah es admirable en su papel de príncipe dinamarqués.

Nuestro grabado, que es admirable por la precisión, da á nuestros lectores un elemento suficiente de juicio para que digan ellos, según sus gustos y su impresión propia, si es ó no Sarah, fiel intérprete del gran poeta.

PERFILES FEMENINOS.

La italiana es la mujer que presenta casi toda la belleza de la edad moderna. Plácida y de curvas exageradas y sensuales en Lombardía, con su color rubio á lo Ticiano en Venecia, de formas esculturales en Bolonia, marmórea en Roma y de belleza clásica griega en Nápoles.

Artista apasionada por instinto, ignorante en general, modesta, menos fiel que muchas otras mujeres, se casa siempre sin amor y por tener á mano el recurso del divorcio.

Gato y serpiente, palma y violeta es la francesa; frágil en apariencia é impávida en las luchas del amor, llena de gracia aunque no hermosa; es tres veces mujer y tres veces adorable.

En su parte moral es amable; coqueta incorregible, no ama casi nunca por temperamento, siempre es infiel razonadamente.

Ejercita una influencia sobre el hombre mayor que las demás mujeres, por su cultura y sobre todo por su *esprit* y por su travesura.

En su mismo tipo está el temperamento de la francesa.

Rubia, con ese rubio pálido; fría, tranquila; los ojos azules, la nariz aristocrática, los dientes correctamente formados, y joven siempre, posee el temperamento frío y razonador.

Su belleza física es demasiado correcta para ser artística, pues le falta el sentimiento. La explicación de su carácter es asimismo demasiado entero y enérgico, demasiado frío y demasiado serio para recordarnos á la mujer.

Reservada, casi hipócrita, exageradamente casta, esclava de los respetos humanos, ama fríamente y por convencimiento, sin estar nunca dominada por los impulsos del corazón.

La alemana es poco graciosa en los movimientos y en las líneas, pero sólidamente construida, resistente á todas las injurias del tiempo y del amor.

Rubia, cerúlea y blanca, parece formada para efectos duraderos, y es en su modo de ser mejor esposa que apasionada amante.

No se deja dominar nunca por los entusiasmos del corazón y solo ama de un modo espiritualista, con ingenuidad idealista y fantástica.

La española soberbiamente hermosa por los expresivos rasgos de su cara, los pies y las manos pequeñísimos, dos grandes ojazos como ventanas abiertas en un palacio de mármol las curvas de su cuerpo palpitantes de vida y voluptuosidad y el cabello sublimemente negro y lustroso.

Ama como no aman las demás mujeres, con amor salvaje, dominada por la sangre caliente que recorre sus venas y se entrega en un momento de delirio, sin cálculos, sin amor á los respetos humanos, febril de pasión.

PEDRO POLONSKI.

NUEVOS IDEALES.

PENSAMIENTO Y ACCION.

La acción esta de moda. Por mucho tiempo, el dominio del pensamiento puro y el de la realidad práctica permanecieron voluntariamente separados. Con pocas escepciones, los filósofos ó literatos que se consagraban al primero, creían deber ignorar y aún despreciar el segundo, juzgando que la grandeza de las especulaciones ó de los sueños provenía, sobre todo, de su inutilidad. Pero las luchas del mundo, cada día más ásperas, van desvaneciendo los espejismos en que aquellos utopistas se complacían: y estos sienten ahora confusamente que todo cambia, y los terribles problemas de la existencia se les imponen brutalmente. Turbados así en su quietismo, los poetas, uno á uno, van saliendo de sus torres de marfil y van predicando por todas partes, en salas, periódicos y libros, un nuevo evangelio: «Han llegado los tiempos, dicen, en que la grande obra que se elabora os-



M. Y MME. LABORI SE DIRIGEN AL CONSEJO DE GUERRA.

curamente en el derrumbamiento de lo viejo, reclama obreros. Hermanos, solo la acción es bendita: hermanos, es necesario obrar.»

Y, ciertamente, el espectáculo es bello, el celo de los apóstoles admirable, y su doctrina excelente en todo sentido. Para poder pensar es necesario vivir, y la vida práctica tiene derecho á todos los miramientos de los pensadores. La metafísica ó la poesía no son, seguramente, ocupaciones despreciables ó vanas; pero tampoco son, necesariamente, superiores á la construcción de caminos ó á la fabricación de conservas. La grandeza de una depende en gran parte del modo con que se la ejecuta! Tal comerciante posee más elevada inteligencia que muchos escritores, y por lo mismo que se ocupa con celo en los progresos materiales, trabaja quizás eficazmente en la mejor moral del mundo. En un país como Francia, don-



SARAH BERNARDT EN EL PAPEL DE HAMLET.

de tantos desean por sobre todas las cosas, un empleo que les asegure vida tranquila, y no sueñan sino con ganancias sin responsabilidades, no se repetirá demasiado que nadie tiene derecho para abstraerse lejos del mundo, que el hombre crece lanzándose á la lucha, no despreciando nada de lo que es honesto, y que se eleva por la acción.

Sin embargo, cuidémonos de no dejarnos engañar por una nueva ilusión. Para ser legítima y aun necesaria, no basta la predicación, y además, el carácter esencial de la acción verdadera, es que sea determinada y precisa. Ahora bien: pululan por ahí jóvenes que anuncian con énfasis su intención de «obrar.» de «luchar.» No les preguntéis cómo; no lo saben todavía; tal vez no lo sepan nunca; pero tened por cierto que estarán convencidos de ser hombres de acción. Y estad persuadidos también de que entre todos los literatos que quieren seguir el ejemplo dado por sus maestros, se observa el mismo fenómeno. Predicando la acción, creen obrar.

Es ni más ni menos como lo que sucede en los coros de ópera, que cantan: «Marchemos! Marchemos!» dando en el entablado. Tratemos de no caer en semejante ridículo. Bastante campo se presenta á nuestros esfuerzos;



EL TENIENTE CORONEL PICQUART.

bastantes obras reclaman nuestra buena voluntad. Nosotros, pues, que creemos en la necesidad de la acción práctica, y que no tenemos una ardiente palabra que arrastre las turbas, escojamos en silencio una empresa que nos convenga, y sea cual fuere, demosla concienzudamente nuestro tiempo y nuestros esfuerzos. El mundo no sabrá nada, y por tanto, no nos colocará entre los hombre de acción, pero nosotros merecemos quizás ese título.

CHRISTIAN SCHEFER.

Las mejoras ofrecidas.

Como toda maquinaria nueva, la nuestra, al armarla, está gastándonos mucho tiempo y trabajo, más del tiempo que habíamos supuesto; por eso no hemos podido comenzar las mejoras ofrecidas de que ya tienen cabal concepto nuestros abonados.

En esta semana quedará listo el departamento especial que estamos instalando, y aseguramos que el retraso involuntario que se ha sufrido, quedará ampliamente compensado.





SRA. ANGELA PERALTA DE MONTIEL.

ALDEA LOMBARDA

En la tarde calurosa de Julio, todo parece hundido en profundo letargo. El lago se extiende, hasta perderse de vista, hacia el norte, entre colinas y aldeas, quieto, brillante, y copiando como una lámina de acero bruñido los últimos arreboles del crepúsculo en tanto que hacia el sur se estrecha, se adelgaza hasta cambiarse en río, después de formar un remanso y de rodear, no lejos de la orilla, una pequeña isla, bosque de rosales y manida de patos silvestres.

A la derecha de un promontorio coronado por un castillo feudal, detrás de una alameda de castaños, alineados en cuatro hileras a la orilla del lago, se descubre la aldea silenciosa. á donde venimos buscando reposo para nuestros cuerpos, serenidad para nuestras almas, un soplo de aire puro que barra de nuestros pulmones el infecto polvo de la gran capital, un poco de sol que nos recuerde el sol de la patria; soplo de brisa y rayo de sol que, trayéndonos la salud completa, vigoricen nuestros nervios resentidos y desvanezcan en nuestros cerebros los fantasmas de la neurosis.

El absoluto recogimiento de este rincón de Italia satisface cumplidamente nuestros deseos de calma, pero nos vuelve mudos y tristes. Sin proferir una palabra, desembarcamos, después que el bote, guiado por un viejo remero, penetra en un espacio circuido de muros, especie de puerto invadido por altas yerbas que se asoman á la superficie del agua, y ceden, doblegándose y gimiendo, al paso de la pequeña embarcación. El mismo barquero se encarga de nuestras balijas y nos endereza hacia el hotel.

Digo hotel como diría ventorrio, figón, posada ó fonda, pues de todo esto hay, aunque, en realidad, la casa en donde hemos de posar es más que hotel, venta de camino con aires grotescamente señoriles, que nos despejan el ceño, haciéndonos pensar en aventuras quijotescas. Nada tan á propósito, en efecto, para dar al traste con el meollo poco firme de algún andante caballero, como este caserón, que bien podría ser tomado por castillo ó vivienda solariega, con su holgada puerta cochera, sobre la que se cierne, destacándose de la pared, una corona, probablemente de hojalata, injuriada por la intemperie, tomada de orín y sostenida por dos espadas en cruz, del mismo metal que la corona, y limpias de todo crimen si no de herrumbre y moho.

El patio, á donde el portal nos conduce, no deja duda sobre el género de casa en que nos hallamos. En un ángulo del patio, una chica extrae por medio de gruesos cordones, de las profundidades de una cisterna, un cántaro rebotante de agua fresca; á la derecha de la entrada, se está quedo, con sus timones en el aire, un coche polvoriento que espera, quizá, las órdenes de los huéspedes; en el fondo, en el ángulo izquierdo, se levanta una escalera de piedra, tan angosta, que no puede una persona bajar mientras que otra sube, y, al pie de la escalera, crece una higuera centenaria de tronco espeso y

ramaje exuberante y lujurioso que, como una cabellera de Furia, se desparrama en su carga de higos maduros y verdes por el balcón del piso alto; por último, en el otro ángulo del fondo una pequeña puerta da acceso á la extraña habitación, que á un tiempo es cocina, sala, centro de tertulia y comedor de los poco favorecidos por la suerte, pues que nosotros, los dos únicos huéspedes que merecen consideración en el *albergo*, hemos de comer siempre en íntimo aparte, arriba, en el balcón, asombrado por la higuera. En el centro de la habitación á tan múltiples usos destinada, hay una larga mesa entre dos bancos de igual longitud; á un lado, una grande y tinada chimenea, en cuyo hueco se mantiene sobre un montón de ceniza, y sujeto de una cuerda ahumada y gorda, el caldero donde se cuece y ablanda la amarillosa polenta; cerca de la chimenea arranca una escalera que sube como la del patio al piso alto, y en el mismo punto comienza la verdadera cocina, es decir, el lugar consagrado á los hornillos humeantes y á la espetera limpia como un sol y llena de cacerolas y sartenes en admirable orden colocados.

En la atmósfera de humo y olores de cocina truena la señora, dueña y cocinera de la casa, vieja regordeta y rechoncha, pero que guarda en las líneas de la cara, arrugada como una pasa, señales evidentes de haber sido codiciada y bonita en sus ya lejanas mocedades. Cuando llegamos, nos viene al encuentro con una sartén en la mano izquierda y uno como hurgón en la derecha, nos regala su más amable sonrisa, y para darnos la bienvenida nos espeta

un discurso, del que apenas comprendemos dos ó tres palabras, cosa que achacamos á nuestros pobres alcances en el habla divina de Petrarca; pero, al cabo de algunos días y para consuelo nuestro, sabemos por experiencia propia y por lo que lenguas maldicientes murmuran, que la seora Rosa, como la llaman en el pueblo, no ha podido nunca formar siquiera una frase de puro toscano, y por más esfuerzos que hace cuando habla con personas de calidad, no logra sino hablar, y eso no correctamente, el áspero y malsonante dialecto de Lombardía.

No es necesario ser caballero andante, movido de generosa locura: cualquiera que llegue desprevenido al hotel de las dos espadas deslucidas por la herrumbre, puede, en los primeros días, padecer ilusiones quijotescas. No son para menos ciertos ruidos nocturnos insólitos, unos atribuibles á jugarretas de hechiceros, otros á pesadas bromas de malandrines y follones; sin contar con que la hija y única heredera de la seora Rosa bien se miraría, sin hacerse violencia á sí propio, como princesa convertida á medias en fregona por arte de los diablos. He dicho fregona á medias, porque se ocupa á veces en las más recias labores, y no porque ande jamás desaseada y pringosa, que antes por por el contrario brilla de pulcra y va, por donde pasa, derramando frescura y perfume como una flor serrana. Más alta que la madre, Clotilde cuenta dieciocho años y es morena, lo que quiere decir que la sangre no se le está quieta en el cuerpo, sino que hierva, rebulle y comienza á decirle y contarle, en las sienes, cerca del oído, cosas tentado-



LAS VIRGENES DE LAS ROCAS.

México Moderno

ras, de esas que hacen ruborizar á las niñas. Sus cabellos son ébano luciente; sus ojos, vivos carbunclos, sus mejillas, dos rosas que el sol no se cansa de besar; su alma es toda fuego cuando se asoma á los ojos, y toda sal y donaire cuando viene á los labios, hendidura de una granada entreabierta, á decir palabras bellas de un italiano algo embastecido por el acento rudo de los campesinos lombardos; su cuerpo robusto, ágil, no acostumbrado á estrecheces y apreturas, es, cuando se mueve, gracia y zandunga; y sobre todo esto, dos puños más fuertes, capaces de poner á raya á los más atrevidos mocetones de la aldea, clientes revoltosos de la media noche.

Al principio fatigados por el viaje, y luego molidos por largas excursiones en los alrededores, dormimos en los primeros días con el sueño de los justos, plácido y sereno. Al fin, una noche nos levantamos sobresaltados, oyendo voces violentas, airadas, que gritan un número y se acompañan de terribles puñetazos, recibidos aparentemente por una mesa. Creemos en una riña trabada en la cocina. Las voces callan un momento, pero á poco resuenan de nuevo, repitiendo los mismos números, y continúa el alboroto de gritos y puñetazos. Son unos jugadores de morra. No hay una venta de vino, ni hostería de villorrio lombardo, donde no estalle por la noche el estrépito de la morra. Es el juego del país. Dos jugadores, de pie, se muestran el puño cerrado: simultáneamente extienden uno ó más dedos, y simultáneamente gritan un número, que debe ser el que resulta de la suma de los dedos extendidos por ambos contendores. El que acierta, gana. Un chiquillo de mi tierra desdeñaría tal vez jugar, por demasiado pueril, este juego por el que en Italia se desviven hombres hercúleos de barba hirsuta.

Los que juegan á la morra en el *albergo* de la seora Rosa son los perdidos, los libertinos del pueblo, los que se van de taberna en taberna, gastando en franchelas y vino el dinero y la vergüenza de sus honradas familias. Llegan casi siempre á la cocina cuando ya ha terminado la tertulia de las personas de pro; traen el sombrero echado hacia atrás ó sobre una oreja, y miran á todas partes con aire de valentones y perdonavidas. Dos de ellos nos llaman especialmente la atención: uno, cariancho, de mandíbula saliente y poderosa; otro, delgado, de

sobrino del alcalde, la boca inmensa, y los dientes tirados en desorden hacia adelante, como si se atropellaran por salir, lo más rápidamente posible, de aquel abismo de inmundicia. Beben, juegan á la morra, y gritan hasta desgañitarse, sin que se les importe un bledo el sueño de los vecinos. Mientras la mesa inocente sufre el mal trato de los puños callosos, y la vajilla tiembla en el viejo armario de madera, Clotilde, con los ojos medio soñolientos, observa á los jugadores y espera una oportunidad para empujarlos, quieran que no, hasta la puerta de la calle. Y entonces, pasan bajo nuestras ventanas, y se van cantando á veces, los muy irrespetuosos, con la voz enronquecida por el vino, alguna de esas canciones que vuelan por el cielo de Italia, todas ternezas y amor, endechas de rui-señores caídas una á una como lágrimas, en el silencio de la noche, desde la copa de un ciprés....

Más agradablemente que la desapacible serenata de los jugadores de morra nos sorprende un murmullo misterioso que oímos algunas noches desde el balcón. Es un cuchicheo, sostenido abajo, en la sombra del patio, al pie de la higuera, y entrecortado por algo así como chasquidos, que no son otra cosa que besuques de enamorados. Sin pecar mucho de indiscretos, reconocemos por fin en los causantes del misterioso murmullo al mejor mozo del pueblo, pastelero de profesión, y á una prima de Cleotilde, recién llegada del Piamonte, y que, según parece, no se duerme en las pajas, cuando lleva ya prendido á aquel pobre diablo de muchacho en su red de seductoras artimañas. Nuevas parejas vemos, en el curso del tiempo, sucederse en el mismo sitio, como si todas buscasen de propósito á la higuera centenaria para muda confidente y protectora de sus enredos amorosos. Es lo cierto que siempre las higueras han andado mezcladas en tales historias, y no sé de dónde les venga el ser propicias á corazones amantes, si no es de algún viejo resabio contraído en el Paraíso, donde, según la bíblica leyenda, cubrieron con sus hojas la desnudez pecadora de nuestros primeros padres.

[Del libro «Sensaciones de Viaje» de Díaz Rodríguez.]



CASA DEL SR. LIC. JESUS F. UIRTE.—CALLE DE TARASQUILLO.



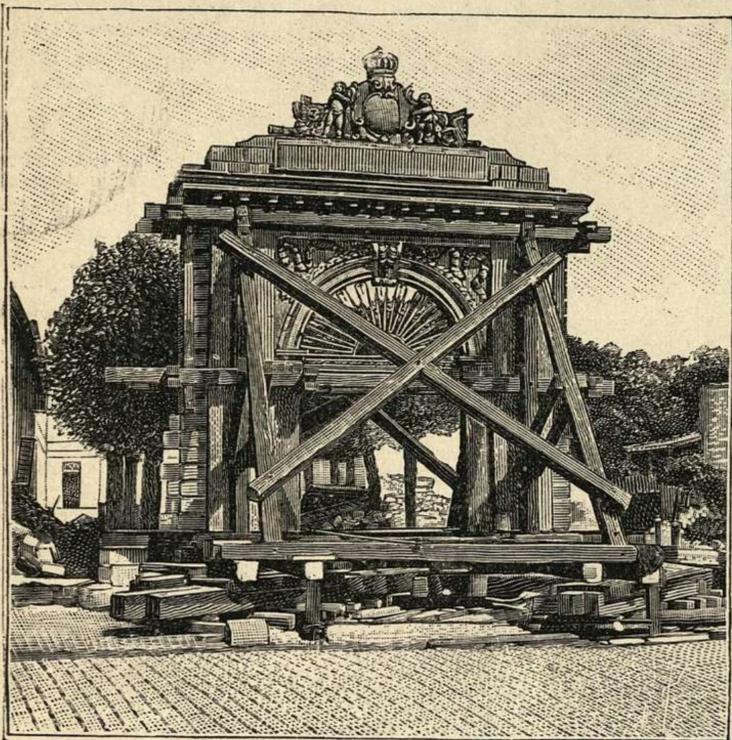
CASA DEL SR. GENERAL LAURO CARRILLO.—GLORIETA DE COLON, PASEO DE LA REFORMA.

NOVEDADES CIENTIFICAS.

LA FE Y LAS MATEMATICAS.—LAS CASAS ANDAN.—ARTE E INDUSTRIA.—LA MECANICA VENCEDORA.—TESTIGOS AUTOMATICOS.—LA VERDAD Y LAS MAQUINAS.

«La fe transporta las montañas,» decían sentenciosamente nuestros abuelos, aludiendo á la inmensa fuerza que desarrolla toda creencia hondamente arraigada en el espíritu.

Y por si álguien dudara del poder *dinámico* y de la aplicación exacta y material de la fuerza desarrollada por la fe al transporte de montañas, ahí están vivas y erectas las pirámides de Egipto para confusión de excépticos.



Arco triunfal transportado en Rochefort, Francia.

Por mi parte creo firmemente que, si esas trágicas ancianas se aferran con tan enérgica tenacidad á la existencia, es con el único objeto de atestiguarlos cómo la fe en la vida de ultra-tumba y en el poder por derecho divino de los faraones, pudo hacer que verdaderas montañas de rocas fuesen arrancadas del formidable esqueleto de la madre Tierra, transportadas á enormes distancias y convertidas en figuras geométricamente dispuestas.

Y de esto último debemos felicitarnos, porque sin la forma regular de las pirámides, evidentemente generada por el saber humano, los hijos del siglo de la duda, al contemplarlas después de las cuarenta centurias que parca y equivocadamente les atribuyó de existencia el primero y último de los Napoleones, resueltamente las supondríamos formadas por una de tantas convulsiones geológicas y las confundiríamos lastimosamente con la más vulgar y patimondada montañuela, desconociendo así la demostración evidente del inmenso poder *dinámico* de la fe, digno antecesor del invento de los Papin, los Fulton y los Stephenson.

Tanto más, cuanto que la fe andaba de capa caída desde que el racionalismo contemporáneo le arrancó brutalmente la simbólica venda. Hay quien se atreve á decir que nada le dió á cambio de la venda rota; esto es una calumnia insostenible.

Cierto es que el racionalismo desvendó á la fe, la que en el primer momento debe de haberse sentido un sí es no es deslumbrada por la falta de costumbre de ver, perdida en luengos siglos de ceguedad voluntaria; pero luego advirtió que su libertador habíale puesto en las manos preciosos juguetes de gran novedad, cuales son el telescopio, el microscopio y sobre todo, uno que todo lo ve, todo lo comprende y de todo da cabal é impecable noción: el número.

Y de este modo la fe ciega se transformó en la fe que observa, analiza y sabe.

Dicen los metafísicos que esta nueva fuerza no es la fe, sino una falsificación, más todavía, una antítesis de la idea original de la fe.

Puede ser, no discuto porque me asustan las controversias metafísicas que en lo general se me antojan hermosos torneos de palabras y nada más.

Lo cierto es que la fe, con el sentido metafísico de la palabra, en la infalibilidad del número, ha llegado á realizar prodigios muy superiores en cantidad y calidad á los realizados por la fe ciega é ignorante del número; la imaginación creadora (no es paradoja) de las matemáticas, ha engendrado cuantos prodigios constituyen el glorioso monumento del progreso contemporáneo, *sin verlos* materialmente, pero sin equivocarse nunca en sus afirmaciones.

Un mecánico no necesita construir una máquina para saber con evidencia absoluta que obtendrá

el movimiento propuesto; Colón, sin haberlo hecho, sabía de antemano que podía darle la vuelta al Mundo, fundado en una verdad matemática; del mismo modo Leverrier descubrió, pesó y midió un astro sin verlo más que con los ojos clarividentes del Algebra, la Geometría y la Trigonometría.

Por eso ahora se transportan las montañas, mejor dicho, no las montañas, porque es inútil, pero sí las casas, como antaño, con la fe... en el número!

Un ingeniero necesita quitar una casa y ponerla más allá ó más acá; pues la pesa sin necesidad de unas balanzas inverosímiles, sino desde su gabinete, y con un simple metro, una hoja de papel y un lápiz, y no se equivoca ni en un gramo. Después de pesada, lo demas es juego de niños; determinar la excursión que ha de hacer la mole, prepararle sus nuevos cimientos, separarla de los antiguos y meterle debajo una armadura ó plataforma rodante, y la casa cambia de sitio.

Por supuesto que sin la fe en la ciencia, como en esta operación no caben experimentos, nadie arrostraría el peligro de perecer bajo el edificio antes desplomado que movido; pero no hay temor alguno, porque media la fe, y ahí jenen ustedes un arco de triunfo que actualmente anda de paseo escogiendo su nueva residencia en Rochefort, Francia.

Lo notable de este caso, es que no se trata de una de estas colmenas modernas, todas de una pieza y relativamente ligeras, lo que hace facilísimo su desplazamiento: no, este arco es una estimada obra del arte antiguo, con tres siglos de existencia encima, y que, sin desmoronarse, anda echando una cana al aire por esas calles de Dios, gracias siempre á la fe... Todavía les falta á las pirámides, que ya han de creerse las muy vanidosas á cubierto de toda sorpresa, recibir la estupenda de que, como su paisano y quien sabe si amigo, el obelisco de Luxor, el capricho de un monarca europeo les ordena cambiar de clima y fijar su residencia en cualquiera

plaza de Londres.

Y entonces sí que se reirán las pobres viejas de los hombres, pero no de los modernos á quienes odiarían en tal caso por haberlas expatriado, sino de los antinuos que las hicieron tan grandes precisamente para impedirles moverse... sin presentir el poder del número!

* *

El Arte y la Industria: «ésto matará á aquello!» No sé si álguien añadió ya esta parodia á las muchas que, como todo lo grande, ha sufrido la enorme frase del Maestro.

La Industria bate en incansable ataque al Arte hasta en sus últimas defensas; armada de todas armas por la augusta Palas, cada día nos anuncia haber alcanzado un nuevo triunfo, haciendo rápida y fácilmente lo que el Arte por intermedio del artista, hacía en luengos años de paciencia y estudio.

Ora es el piano automático que substituye al pianista; ora la fotografía que primero desbancó al dibujante, más tarde al colorista, y por último, al escultor, sí, al escultor también.

Todos los dominios del Arte, el sonido, la línea, el



Alto relieve en bronce obtenido por medio de la fotografía.

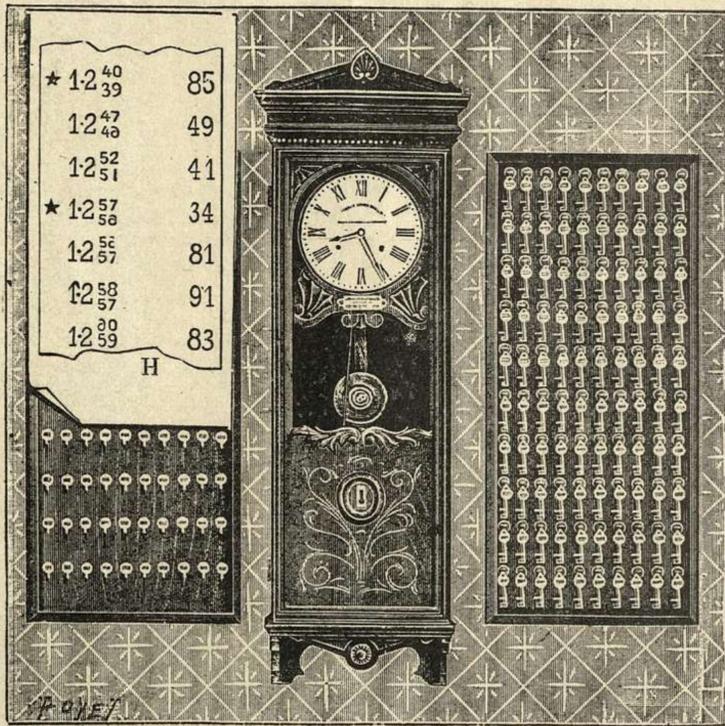
color y la forma, han sido invadidos y conquistados por la Industria, hasta el punto de que hay pesimistas poco reflexivos que concluyen prediciendo que el arte está condenado á muerte.

Pero importa fijar las ideas sobre lo que es el Arte y sobre lo que la Industria le roba, suponiendo que algo pudiera robarle.

Ante todo hay que tener en cuenta que en toda obra de arte hay dos partes bien distintas y que suponen dos géneros diferentes de aptitud en el artista: la concepción y la ejecución. La primera constituye las personalidades artísticas, radica esencialmente en la inteligencia y es siempre un don de la naturaleza, nunca un producto de la educación; la segunda, por el contrario, es agena á la formación de una gloria del arte, ó contribuye muy poco á ella; es del todo mecánica y procede directamente de la educación.

Poned cualquiera de los maravillosos inventos con que la Industria, trabajando inspirada por la Ciencia, ha dotado al hombre para resolver las dificultades mecánicas de la producción de una obra de arte; ponedlos, digo, en las manos de un imbécil, y sólo producirá mamarrachos; dadlos á un artista, y creará, porque la creación artística es prerrogativa sagrada de la inteligencia humana.

En consecuencia, la Industria no amenaza invadir los sagrados dominios del Arte, ni en el sentido ideológico, ni en el convencional de la palabra; antes bien le ayuda, le sirve fiel y solícita, removiendo los obstáculos y quitando las espinas del glorioso camino del artista, con el concurso de la mecánica vencedora de las dificultades puramente materiales. Por la misma razón ni la obra de arte ni el artista pueden considerarse anulados ó siquiera rebajados porque en la ejecución de una obra de arte intervengan los procedimientos industriales modernos, siendo así que, sin la personalidad del artista, la obra de arte no existe,



Reloj registrador de entradas y salidas de los trabajadores H muestra la cinta-registro.

puesto que la mecánica es capaz de ejecutar, pero nunca de concebir.

Actualmente la escultura recibe una gran ayuda de la fotografía, mediante un procedimiento que permite hacer altos relieves hermosísimos, aprovechando las propiedades químicas de la gelatina bicromatada. El procedimiento se llama *FOTOSTERIA*, y cada día se extiende más. Nuestro grabado da una idea de sus magníficos efectos.

* *

Parece que los hombres van convenciéndose de que la Verdad

«.....Es flor del cielo que se marchita en la tierra.»

Permítaseme la paráfrasis.

En efecto, el aparato ingeniosísimo que muestra nuestro tercer grabado, sirve para indicar, sin error posible, la hora de llegada de los empleados á sus labores: el empleado, al llegar, introduce su llave numerada en el aparato, y marca en una cinta de papel su número de orden y la hora con aproximación al minuto.

Esto quiere decir que los empleados suelen no decir con verdad la hora de llegada; también se da el caso de que los encargados de vigilar á los trabajadores los calumnien; entre ambos está el testigo automático, insobornable é incapaz de calumniar.

Por la misma razón, en Estados Unidos los fonógrafos sirven de testigos y hacen prueba.

¡Pobre Verdad! Solo en la buena fe de las máquinas puedes confiar!

M. R. I.

LA HERENCIA DEL TÍO FLOROT.

La dicha no necesita grandes espacios, á veces puede caber en el compartimiento acolchonado de un express. Si no queréis llamarle dicha, convenid en que es algo que se le parece, el placer de contemplar á una bella desconocida de veinte años, seria, rubia, dulce y altiva á un tiempo, acompañada por una mamá bonachona y respetable. El corazón se alegra, y, no hay remedio, nos sentimos tentados de trabar amistad con la linda joven.

Tal era el caso en que se veía Mauricio Girard en el trayecto de París al delicioso lugarejo de las Ardenas, término de su viaje, contra el cual había protestado en su interior, porque interrumpía su *farniente* de soltero y porque no justificaban tanta molestia como iba á tomarse, los intereses aleatorios que solicitaban su presencia en aquel pueblo. Iba tal vez á recibir una herencia ó á volverse como fué.

—¿Para qué diablos me escribiría ese notario? Yo nada tengo que esperar de la sucesión del tío Florot.

La carta de maese Boubert, notario de Sancy, era evasiva como lo exigía la decencia y tan poco precisa como tentadora. Decía así:

«Señor: Tengo el honor de comunicar á usted, que habiendo fallecido su pariente el señor Florot, el martes 15 del corriente, se romperán los sellos puestos en los muebles.

«Como pariente del difunto, se invita á usted para que asista á dicha diligencia que se efectuará en presencia del juez de paz y de los otros parientes y en interés de los derechos personales de usted y bajo la reserva del testamento que podría encontrarse entre los papeles del difunto hasta hoy intestado.

«Soy de usted, etc.»

El tío Florot era un solitario, un misántropo, caprichoso y desconfiado, que vivía en su propiedad de Sancy, apartado de la sociedad y de los pocos parientes que le quedaban. Tan completo era su aislamiento, que se le había olvidado y sin la carta del notario no habría tenido Mauricio noticia de su muerte.

—El pobre viejo no habrá querido que asistiera yo á sus funerales y con mayor razón debo creer que no pensó en mí al hacer su testamento. Sólo en caso de intestado puedo esperar algo, la mitad de la herencia, pues la otra mitad les toca á no sé qué parientes de otra rama, á los cuales les ha de haber dejado todo si es que testó.

Estas preocupaciones de heredero no eran tan grandes que le robasen su tranquilidad á Mauricio, demasiado rico para pensar más de lo debido en una herencia que nunca había esperado.

Más bien por deber de conciencia y para llenar una fórmula iba á la cita del notario. Deseaba ante todo conocer aquella región montuosa en la que se había aislado el tío Florot, y encontrar las huellas de la existencia del buen hombre, sin dejar por esto de renegar contra las molestias del viaje.

Su mal humor se disipó bien pronto por la sorpresa agradable que sintió al penetrar en el compartimiento. Al principio sólo fué agradable su sorpresa, pero al cabo de tres horas que duró el viaje y después de múltiples observaciones, se convirtió en un verdadero descubrimiento, un descubrimiento psicológico de otro mundo más seductor que el conocido y antiguo; un descubrimiento histórico en los anales juveniles de la existencia de Mauricio y que prometía hacer época; un descubrimiento revolucionario, pero que no se revelaba como tal al principio y que no era sino la suma de pequeños descubrimientos sucesivos, insignificantes en apariencia.

Al entrar en el vagón, dijo:

—¡Qué linda joven!

Primera observación, completada luego por esta otra más analítica:

—Cuánta seriedad y cuánta resolución en esa cabeza rubia!

Pero «seriedad» y «resolución» le parecieron á Mauricio términos insignificantes, inferiores en realidad á las cualidades evidentes de la joven.

En efecto, había en aquella mujer no sé qué nobleza, un hermoso heroísmo que inspiraron á

Mauricio una admiración íntima, callada. Y la mirada azul, luminosa y altiva de la joven, que sorprendió furtivamente el observador, lo perturbó de tal modo, que ya no pudo reconocerse. Vanidoso y seguro de sí mismo hasta aquel momento, se sintió de pronto humilde como un niño, de esencia grosera é inferior, avergonzado, tímido ante la belleza de expresión y de alma que adivinaba.

Los poetas orientales comparan los ojos de la amada con el sol, y nosotros sonreímos al leer esa hipérbole. Pero Mauricio se preguntaba si no había realmente una verdad en la metáfora declamatoria. La pura luz de vida y de pensamiento que alborea en nuestra alma, bajo unos párpados



dos aterciopelados, tiene á veces el poder de iluminar súbitamente la obscuridad de un corazón, y tiñe con un color maravilloso de aurora la existencia crepuscular y gris; se ve el mundo más grande, más claro y más alegre, como si en efecto el sol hubiese aumentado su fulgor.

Así avanzaban las ideas de Mauricio, con velocidad de tren expreso, cuando la voz de la joven que habló un minuto á su madre en una parada, acabó de conmover deliciosamente al viajero.

—¡Eolia! exclamó el joven en su lirismo. Esa es la palabra y no hay otra. ¡Eolia! Cada sílaba es una música, una cuerda vibrante de harpa; llega al oído, palabra á palabra, como una piedra preciosa.

Pero se rehizo, y mientras partía de nuevo el tren murmuró:

—¡Vamos! ¿Dónde tengo la cabeza? ¿Estaré acaso en vías de enamorarme? Vaya una estupidez.

Pero ¿qué estupidez era aquella?

—Dios mío, se respondió maquinalmente Mauricio; vivir como yo vivo. ¿Es vivir vegetar así, sólo ó en compañía de amigos que se ríen de uno, ir á derecha é izquierda sin objeto; llevar esta vida de soltero, vida de oso, de inútil, de guardacantón, de araña y de rata, como el monomaniaco tío Florot, pudiendo ser feliz completamente?

El hecho es que sin buscar el por qué, desde que vió la aurora que asomaba en los ojos azules, la vida que había llevado le pareció la ocupación más trivial y menos interesante.

Un espejismo que lo atraía, apartaba su vista de todo lo demás. Nunca había sentido nada igual ó comparable á la impresión que conmovió todo su ser cuando puso los pies en el coche.

Inconsciente del tiempo que transeurría, se dijo:

—Iría hasta el fin del mundo.

El tren se detuvo y un empleado gritó:

—Sancy.

Mauricio sintió como si despertara á la realidad.

—¡Cómo! ¿Ya llegamos?

Era necesario bajar, dejar para siempre á aquella mujer, su ensueño de un instante, el espejismo efímero que se desvanecía.

—¡No! se dijo: que rompan los sellos. Yo continúo el camino.

Pero las señoras bajaron del tren.

—¡Cómo! ¿también ellas?

Entonces notó que estaban de luto como él. Ya había salido del coche, y recordando de pronto, avanzó hacia ellas.

—Perdóneme usted, señora, dijo, saludando á la madre; si me permito dirigirle la palabra, es porque nuestra llegada simultánea á este lugar me hace suponer que nos reúne la misma circunstancia. ¿Tengo el honor de hablar con Mad. Delize?

—Madame Delize, señor, para servir á usted.

—Permítame usted que á mi vez me presente: Mauricio Girard.

—Sobrino nieto del señor Florot, de quien soy prima hermana. Casi somos parientes, señor, dijo amablemente la anciana.

En eso se acercó un mozo:

—El notario hizo preparar alojamiento en la casa del señor Florot. Aquí está un coche.

Madame Delize subió á él con su hija.

—¿No viene usted á la casa, señor?

—Dispénsame usted, dijo Mauricio, prefiero ir á la fonda. Hasta mañana se practicará la diligencia; pero recibiré un gran honor si me permiten ustedes que vaya esta noche á presentarles mis respetos.

—Con gusto, señor.

El coche caminaba ya y Mauricio se quedó en la carretera, con la maleta en la mano, sin volver en sí de su asombro todavía.

—¡Vamos! se dijo; acaso la Providencia anda en el asunto.

Ya comenzaba á interesarle la herencia del tío Florot, y viendo en derredor el campo y los bosques iluminados por la luz cruda del medio día, le pareció aquel lugar el más bello del mundo.

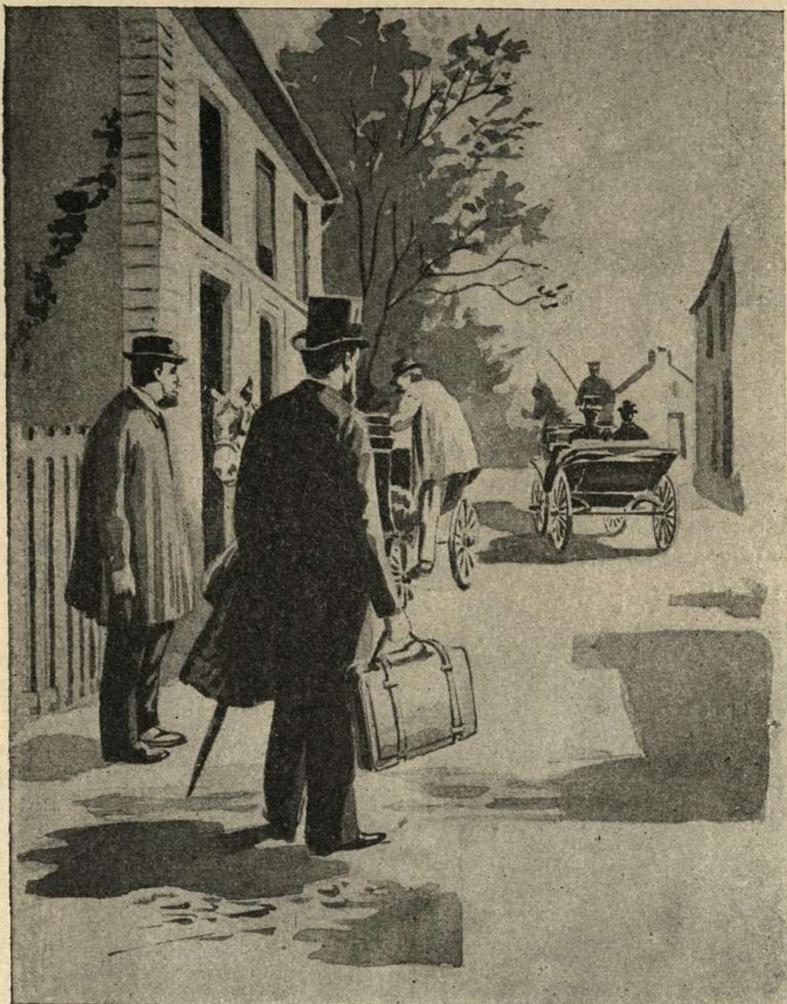
* * *

Si para Mauricio fué el viaje de Sancy una obligación penosa al principio, y luego una de las más deliciosas expediciones de descubrimiento en los mágicos países del ensueño, aunque de importancia muy secundaria desde el punto de vista de la perspectiva aleatoria de la herencia, no era lo mismo para sus dos compañeras de coche.

Madame Delize y su hija tenían, por el contrario, un interés muy vivo en la sucesión y esperaban con ansia, valerosamente disimulada, la diligencia de ruptura de los sellos que iba á decidir de su suerte.

Viuda de un antiguo oficial de marina, la madre de la joven acababa de perder su fortuna en una serie de operaciones desgraciadas. Las dos mujeres, y sobre todo la madre, tenían graves preocupaciones. Pérdida en el desastre financiero la dote de Georgina, Mad. Delize veía á su hija niña encantadora, de carácter noble y con todas las elegancias de una educación distinguida, expuesta á las mil penalidades de un porvenir mediocre y sin recursos. Tal era la situación de las dos mujeres que Georgina con la energía de su alma valerosa, había resuelto expatriarse y estaba ya en arreglos para contratarse como institutriz de una rica familia americana. Más que la inferioridad de su situación precaria las atormentaba la amargura de la separación. Estaban dominadas por esa angustia de las resoluciones desesperadas, cuando recibieron la carta del notario con la noticia de la muerte del tío Florot y la esperanza de una herencia que vendría á rehacer su situación en el momento supremo.

Como Florot siempre había mantenido relaciones amistosas con ellas y aun llegó á manifestar sentimientos paternales hacia Georgina, hasta que la vejez lo volvió definitivamente hipocóndrico y retraído, las dos señoras creían tener ciertos derechos á la herencia. Si el tío no pensó en mejorar á Georgina, por lo menos era de suponerse que no hizo testamento. De ese modo he-



redaba la mitad de los bienes, lo que las salvaría, según la frase de Mad. Delize, sin perjuicio para nadie.

Desheredadas, volvería á presentarse la cruel necesidad de la separación de Georgina... De ahí la emoción que las angustiaba, no obstante la resignación que se habían impuesto de antemano para el caso de un desengaño.

Al día siguiente se reunieron con Mauricio y el notario en presencia del juez de paz para abrir los cajones de los muebles del tío Florot, de los que iba á salir para ellas como de un ánfora de lotería, la felicidad ó la desgracia, escrita en un pedazo de papel por la mano caprichosa de un anciano.

A pesar de sus preocupaciones, no pudieron contener una sonrisa cuando se acercó á ellas Mauricio cada vez más contento de ver á la joven y con una vivacidad templada por el respeto que lo hacía tímido en presencia de ella.

La víspera habló algunos minutos con la madre y la hija en el jardín del tío Florot, ante el magnífico horizonte de colinas boscosas que rodean la propiedad y en las que el sol poniente tendía largas sombras majestuosas; en la intimidad breve y deliciosa de su presencia, de su voz y de su mirada, el entusiasmo joven y viril de Mauricio iba en aumento hasta el punto de tomar el partido deliberado de reconocerse definitivamente enamorado.

Cuando se encontró de nuevo junto á Georgina su ventura era tan grande que ya no sabía á lo que iba ni qué era lo que hacía el notario, chiquitín, gordínflón y jovial, ni el juez de paz, alto, seco, taciturno y solemnemente envuelto en una levita negra. Bien poco significaba la herencia del tío Florot para Mauricio, nada mejor dicho, pues todos los bienes de la tierra eran polvo despreciable, comparados con los tesoros de belleza y juventud de Georgina.

En nada ni en nadie paró mientes y se absorbió en la contemplación asidua de la joven sentada con su madre cerca de una mesa en la que se iban amontonando los papeles á medida que el juez y el notario los sacaban de los muebles.

Ya se había prolongado mucho aquella operación, seguida con el ansia que es de suponerse y que ocultaban bajo apariencias de tranquilidad las dos mujeres. Todos los papeles habían sido examinados y en ninguno de ellos se encontró el testamento.

—Ya lo suponía, dijo maese Boubert. En mi concepto no hay testamento.

—Bueno, agregó Mauricio, sin saber lo que decía.

Madame Delize y su hija se sentían más tranquilas ya, cuando al vaciar un cajón cayó un pliego muy grueso sobre la mesa.

—¡Vaya! ¡Vaya! dijo Maese Boubert, calándose las gafas; si habré hablado antes de tiempo....

Con grave lentitud abrió el sobre. Era, en efecto, un testamento muy corto, pero decisivo.

Sancy,.... de Junio de 189...

«Sano de cuerpo y de espíritu escribo aquí mi testamento.

«Instituyo al señor Mauricio Girard, sobrino nieto mío, legatario universal de todos mis bienes....»

Maese Boubert se volvió á Mauricio:

—Usted es el heredero, señor.

—¿Cómo? exclamó Mauricio que apenas había oído; supongo que yo no soy el único heredero.

—No, señor; usted es legatario universal.

—¿No hay otros legados, algunas cláusulas?

—Nada.

—Es imposible.

Avergonzado de su ventaja involuntaria, aunque sin adivinar toda la crueldad del golpe secreto que recibían las dos desgraciadas mujeres, dirigió una mirada de excusa á Mad. Delize y á su hija. Aquella estaba pálida, próxima á desfallecer, pero al pronto se repuso. Georgina no hizo un solo movimiento que alterara el tinte purísimo de su cara.

—Es incomprendible, repitió Mauricio, verdaderamente contrariado. Mi tío me conocía muy poco y ya me había olvidado. Acaso ustedes se engañan; debe haber otra cosa.

—Puede haber otro testamento, pero no hay nada escrito sobre este.

Buscaron, pero los otros papeles eran insignificantes.

—Es claro, concluyó el juez de paz. Todo lo hemos examinado, y hasta hoy no se ha depositado otro testamento en la oficina de ningún notario; usted es el único heredero.

Ya se habían levantado Madame Delize y su hija.

—¿Se van ustedes? preguntó Mauricio desolado.

Madame Delize pudo sonreír.

—Tenemos prisa y volveremos por el primer tren. Lo dejamos á usted en su casa.

—¡En mi casa! exclamó Mauricio. Pero si yo no quiero esta herencia, renuncio al testamento, no acepto sino mi parte legítima.

Madame Delize se volvió:

—Es usted muy bueno, señor; pero no podemos aceptar en esas condiciones. Los bienes pasarán al Estado.

Mauricio estaba cada vez más abatido; se representaba á sí mismo como un monstruo de egoísmo, como un acaparador. Si el notario no lo hubiese impedido, habría roto el maldito testamento.

—Vaya una tontería del tío Florot, dijo, una vez que las dos damas hubieron salido. Dar me todos sus bienes, cuando tenía una sobrinita tan linda, tan adorable, tan....

Al ver el entusiasmo del joven, maese Boubert se sonrió maliciosamente.

—Vamos, dijo con su voceilla clara; todo puede arreglarse todavía. ¿Quién sabe? Y vale la pena porque mucho me temo que esta decepción sea un verdadero desastre para esas señoras.

—¿Cómo es eso? preguntó con inquietud Mauricio.

Dadas las buenas disposiciones de Mauricio, maese Boubert no creyó conveniente ocultar la verdad y en dos palabras lo puso al corriente de todo.

Mauricio ya no pudo contenerse más y dejando al notario y al juez con el testamento se lanzó en busca de Madame Delize. ¡No, no aceptaría! Cuando creyó que sólo era una vejación de heredera se apenó; pero era algo más, ¡era la ruina de aquella pobre anciana y de su hija! Y se juzgaba á sí mismo como un ladrón, como un bandido digno de execración si aceptaba una herencia que para él, rico y enamorado, no era nada y para Georgina era la fortuna, el porvenir, una

vida feliz, al lado de su madre. No consentiría en esa monstruosidad y obligaría á Madame Delize á aceptar su parte legítima.

Ya iban á subir al coche cuando llegó Mauricio como un loco.

—¡Señora! ¡señora! gritó.

Madame Delize lo miraba sorprendida.

—¿Qué desea usted, señor?

Georgina hacía los mismos preparativos, silenciosa y tranquila.

—¿Qué desea usted, señor, repitió Mad. Delize ya molesta.

Mauricio se cortó, avergonzado de sí mismo, de su impulso, de su actitud; se creyó indiscreto, importuno, y no sabía qué hacer ni qué decir. Comprendió todo lo que había de humillante en su insistencia. No tenía el derecho de tocar la desgracia oculta de Mad. Delize por delicadamente que lo hiciese. Ante la altivez sombría y cerrada de las dos mujeres se sintió lleno de remordimientos. Se sonrojó y se inclinó.

—Señora, perdóneme usted: sólo deseaba saludar á ustedes por última vez y presentarles mis respetos antes de su partida.

—Es usted muy amable y le agradecemos su atención.

Georgina inclinó ligeramente la cabeza y Mauricio saludó con una profunda inclinación.

Cuando el coche se alejó, perdido entre una nube de polvo, Mauricio se quedó, triste primero; pero animado por una idea corrió en busca de maese Boubert. ¡Adiós! sí, pero no para siempre. Maese Boubert sabía las señas de la casa de Mad. Delize y Mauricio concibió un plan que no sólo le sirvió de consuelo sino que exaltó su espíritu á un grado de entusiasmo que difícilmente podía contener. Como dijo maese Boubert todo podía arreglarse. Había en efecto un medio de que heredaran al mismo tiempo Georgina y él. ¿Cómo no pensó en eso desde antes? Porque Mauricio lo que pretendía era no heredar sólo, como avaro, como egoísta y soltero.

En su impaciencia y temeroso de que Mad. Delize y Georgina tomasen resoluciones extremas, á los pocos días de su regreso á París, envió á su tía Mad. Carlier para que pidiese en su nombre la mano de Georgina.

—Hazle comprender á Mad. Delize que amo á su hija, que estoy loco por ella desde que la ví, cuán grande sería mi orgullo si ella consintiera y mi pena si.... Porque ¿quién sabe si no me quiere? Mauricio se quedó lleno de inquietud, sin poder comprender cómo la bella, la noble, la exquisita Georgina podía aceptar á un bárbaro de su especie....

Mad. Carlier trajo una respuesta evasiva; Mad. Delize había estado muy fría, pero nada dijo y ofreció comunicar el asunto á su hija.

—Se acabó, dijo Mauricio desesperado. Eso es



una fórmula de cortesía; la señorita Delize no me quiere, es evidente

—Sería muy tonta, objetó Mad. Carlier. No tiene dote.

—No todo lo hace el dinero, dijo Mauricio.

En efecto, en la segunda entrevista, Mad. Delize manifestó categóricamente que no se aceptaban las proposiciones de Mauricio. La fortuna que éste poseía no era uno de los menores obstáculos que se oponían á la unión deseada. En su orgullo de sensitiva la señorita Delize rehusaba un matrimonio desproporcionado y al que daban las circunstancias cierto aspecto de compensación que estaba muy lejos de la intención real de Mauricio pero que no por eso dejaba de ser así. La señorita Delize tenía su plan determinado, ir á América.

Cuando volvió la tía de Mauricio y le dió cuenta de su misión, llegó un telegrama del notario. Decía así:

«Segundo testamento depositado en estudio de notario en París. Anula el anterior é instituye legataria señorita Delize.»

Era en efecto un testamento hecho por volubilidad de anciano en la primera notaría que encontró al paso durante un viaje á París.

Poco le importaba á Mauricio el cómo y el por qué de aquello. Lleno de confianza en su suerte, ni aun permitió á su tía que tomase aliento.



—Tienes puesto el sombrero. Vete en una carrera, y si sólo tenían un escrúpulo de dignidad, díles que ya todo cambió; dirá que sí....

Mad. Carlier partió de nuevo para volver á la media hora.

¿Qué sucedió? preguntó con ansia Mauricio.

—Mad. Delize recibió un telegrama igual.

—Ya lo supongo; pero....

—Va á consultar de nuevo con su hija.

—¿Y no podía hacerlo desde luego?

—Qué prisa, hijo mío. Esas cosas no se hacen á la carrera.

—¿Nada podré saber entonces?

—Nada preciso, pero la afabilidad de Mad. Delize y su benevolencia dan á entender que no está mal dispuesta.

Mauricio se arrojó á los brazos de su tía.

Algunos días después Mauricio fué autorizado á presentarse como novio oficial en la casa de Georgina,—una Georgina nueva, cuya belleza se dulcificaba y se hacía más seductora, á medida que la felicidad de su situación presente dejaban libre curso á la ternura de su alma virginal.

HENRY FEVRE.

LA BOHEMIA DE MURGER.

Tendría yo diez y ocho años cuando conocí á un personaje bastante singular, que ahora, á distancia, se me aparece como la viviente encarnación de un mundo aparte, de lenguaje especial, de costumbres extrañas, mundo que hoy ha des-

aparecido y casi está olvidado, pero que tuvo grande importancia durante algún tiempo en el París del Imperio. Me refiero á esa partida gitana, soldados irregulares del arte, sublevados de la filosofía y de las letras, fantaseadores de todas las fantasías, que acampaba frente al Louvre y al Instituto, y á la cual partida Enrique Murger, embelleciendo y poetizando un poco su recuerdo, ha celebrado con el nombre de «Bohemia.»

ustedes la noche juntos; está en la prevención y reclama á usted como fiador.

—El señor Desroches.... ¡ah, sí!.... perfectamente. Bueno, pues si me reclama como fiador... ¡qué lo suelten!

—Usted perdone, pero hay que pagar un franco y cincuenta céntimos.

—¿Por qué?

—Es la costumbre.

Di el dinero El del frac negro se marchó y yo me quedé sentado en la cama, medio dormido y me daba bien cuenta de las aventuras extrañas á consecuencia de las cuales me encontraba yo obligado—nuevo hermano de la Merced—á rescatar, mediante un franco cincuenta céntimos, á un redactor del *Figaro*, no de las garras de los turcos, sino de las de la policía.

Mis reflexiones no duraron mucho. Cinco minutos después, Desroches, libertado de sus cadenas, se presentaba, sonriendo, en mi cuarto:

—Mil perdones, querido colega, de todo ello tienen la culpa *Las uvas moscateles*.... sí, *Las uvas moscateles*. mi primer artículo pu-

blicado ayer por el *Figaro*. ¡Malditas uvas moscateles! Ya comprenderá usted que al cobrar.... como era el primer dinero que cobraba.... se me subió á la cabeza.... Cuando nos separamos de usted correteamos todo el barrio.... al fin.... se turban mis recuerdos.... pero tengo la sensación vaga de un puntapié recibido en cierta parte.... Luego me encontré sin saber cómo.... en la prevención.... una noche deliciosa: Primero me metieron en un sótano.... un agujero negro que huele mal....; pero hice reír á lo

señores agentes.... y tuvieron la bondad de llevarme con ellos al cuerpo de guardia.... charlamos.... jugamos á las cartas.... me hicieron que les leyera *Las uvas moscateles*.... ¡qué éxito!.... ¡Qué buen gusto tienen los guardias municipales!....

¡Juzgad de mi asombro y del efecto producido en mi cándida y provinciana juventud por la revelación de esas extravagantes costumbres literarias! Y el colega que de tal suerte me contaba sus aventuras, era un hombrecillo rechoncho, cepillado, afeitado, que demostraba modales muy corteses y cuyos botines blancos y levita de corte burgués hacían el más perfecto contraste con los endiablados gestos y las muecas de su cara de borrachín. Me asombraba y me asustaba; y como evidentemente lo conocía él, se complacía en exagerar, en obsequio mío, el cinismo de sus paradojas.

—Me es usted simpático, me dijo al despedirse; vaya usted á verme el domingo que viene por la tarde.... Vivo en un rinconcillo delicioso, cerca del castillo de las nieblas, en los terreros, por la parte que mira á Saint-Cuen.... ya sabrá usted, la viña de Gerardo de Nerval.... Lo presentaré á usted á mi mujer, que vale la pena.... Precisamente acabo de recibir un barril de vino bueno; beberemos en tazas, como hacen los comerciantes ricos en Bercy, y dormiremos en la cueva....



Además, un amigo mío, un dominico exclaustro, irá á leerme un drama en cinco actos. Lo oirá usted; asunto magnífico; allí se viola á todo el mundo. Está convenido. La viña de Gerardo de Nerval; no olvide usted las señas.

Todo lo que me había prometido Desroches se cumplió. Bebimos vino de lo lindo y por la noche el supuesto dominico nos leyó el drama. Doninico ó no, era un bretón alto, buen mozo, sober-



bio, de anchos hombros, cortados para vestir el hábito, con algo de predicador en la redondez de la voz, en el ademán y en el gesto. Luego ha sabido hacerse un nombre en la literatura.

Su drama no me asombró. Pero hay que advertir que después de pasar una tarde en la viña de Gerardo de Nerval, en lo que Desroches llamaba su casa, no es fácil asombrarse por nada.

Antes de subir á los terreros quise yo volver á leer las páginas exquisitas que Gerardo, el amante de *Silvia*, consagra en sus *Paseos y recuerdos* á la descripción de aquella pendiente septentrional de Montmartre, pedazo de campo cerrado en París, y por lo mismo más precioso y querido.

«Quédannos unos cuantos ribazos cerrados por espesos vallados verdes, decorados por los espinos, con sus florecillas color de violeta... Hay en ellos molinos, ventorrillos y tabernas, elíseos campestres y callejuelas silenciosas... Hay hasta una viña, la última del célebre puro Montmartre, que competía en tiempo de los romanos



con el vino de Argenteuil y de Suresnes. Todos los años ese humilde ribazo pierde una línea de sus cepas, que van á parar á lo hondo de una cantera. Hace diez años lo hubiera podido adquirir al precio de diez mil francos... y hubiera hecho en la viña un edificio muy ligero; un bonito hotelito imitando los edificios de Pompeya, con una cisterna y una *cella*...»

En el lugar de aquel ensueño griego de un poeta, era donde vivía mi amigo Desroches. Allí—¡oh espantosa antítesis!—á la luz de la luna, bajo un cenador cubierto de saucos en flor, en donde se oía el ruido producido por el vuelo de las abejas, me presentó á un monstruo andrógino en traje de carretero: blusa azul, calzones de pana, go-



rra con rayas encarnadas echada á la oreja, y el látigo metido en la correa de la cintura.

—El señor Alfonso Daudet... La señora Desroche...

Porque aquel monstruo era realmente su mujer, su legítima esposa, siempre vestida con aquel traje que le agradaba y que en verdad sentaba á las mil maravillas á su cara y á su voz. Fumaba, escupía, juraba, tenía todos los vicios del hombre, dirigía su casa á latigazos, empezando por su marido, que estaba completamente domado, y siguiendo por dos chicas flacuchas... ¡sus hijas! de aspecto extraño y hombruno, cuyos trece y quince años, maduros prematuramente, y ya en sazón, prometían que se parecerían á su señora madre cuando tuviesen los cuarenta que ésta contaba.

Verdaderamente valía la pena de conocer aquella casa...

Desroches, era, sin embargo, hijo de un rico comerciante de París, fabricante de joyas si no me equivoco. Su padre le había echado varias veces su maldición y le pasaba un reducido sueldo. No escasean en Francia ejemplos de esos locos de atar, especie de azotes de Dios que se presentan de pronto en las familias para turbar la tranquilidad del hogar y para hacer circular más que de prisa las monedas de oro ahorradas durante mucho tiempo; en una palabra, para castigar á la burguesía en su propio egoísmo.

He conocido más de un pato de esos, encubado por gallinas, que apenas ha podido comer solo, se ha marchado á la laguna. La laguna, el pantano mejor dicho, es la literatura, son las letras, la profesión abierta á todo el mundo sin títulos y diplomas.

Desroches, al salir del colegio, se había metido en el arte, en todas las artes. Había empezado por la pintura, y el paso por los estudios de aquel cínico muchacho, frío, regular, abrochado, que conservaba aún, en medio de las más desenfundadas francachelas y calaveradas, el sello indeleble, la marca de fábrica del burgués, fué desde entonces legendario. La pintura lo rechazó y entonces Desroches la emprendió con la literatura. Acababa de escribir *Las uvas moscateles*—tal vez inspirado por su viña—¡un artículo de cien líneas! En vano procuró después hacer otro; jamás volvió á estar de vena, y llegó á los cuarenta años, y sus obras completas se compusieron de *Las uvas moscateles*.

La conversación, las salidas de tono del amigo Desroches me divertían; pero su casa no me gustaba. No volveré nunca á Montmartre, pero sí pasaba el río algunas noches para ir á verlo al café de la calle de los Mártires.

El cafetín de los Mártires, tan tranquilo ahora, en el cual juegan á las damas los tenderos de la calle, representaba entonces una potencia en literatura. El cafetín daba diplomas; se era célebre por el cafetín y en medio del gran silencio del Imperio, París volvía la cabeza al ruido que metían todas las noches ochenta ó cien muchachos, mientras fumaban sus pipas y bebían sus jarros de cerveza. Se les llamaba Bohemios y no se enfadaban. El *Figaro*, el de entonces, periódico no político que se publicaba una vez por semana, era casi siempre el que les servía de tribuna.

Había que ver el cafetín—y decimos el cafetín á secas, como los romanos decían la ciudad cuando hablaban de Roma;—había que ver el cafetín á eso de las once de la noche, ensordecido por la batahola de todas aquellas voces y envuelto en el humo de todas aquellas pipas.

¡Murger peroraba en la mesa del centro! Murger, el Homero de aquel mundo descubierto por él, y que ha sido sonrosado y poetizado por la fantasía.

Condecorado y ya célebre, cuando publicaba sus novelas en la *Revista de Ambos Mundos*, no dejaba de asistir al cafetín para refrescarse como él decía y para recibir los homenajes de aquellos buenos muchachos que él había descrito. Me lo enseñaron: una cabeza aplastada y triste, los ojos



enrojecidos, la barba rala, indicios de la mediana sangre parisiense.

Vivía en Marlotte, cerca del bosque de Fontainebleau; siempre con la escopeta al hombro, haciendo como que iba de caza, pero en rigor corriendo en busca de la salud, más que en busca de perdices y conejos.

Su residencia en el pueblo había llevado allí toda una colonia parisiense, hombres y mujeres, flores de betún y de café que producían un efecto singular debajo de las vetustas encinas de Fontainebleau. Marlotte se resiente todavía de aquellas visitas.

Diez años después de la muerte de Murger,—que murió, como es sabido, en el hospital Dubosí

—estuve allí con unos amigos en casa de la tía Antony, una taberna célebre. Un hombre del campo, viejo, bebía allí á nuestro lado; un campesino como los de Balzac, negro y curtido. Una vieja harapienta fué á buscarlo, con la cabeza cubierta con un pa-



ñuelo encarnado. Le llamó tragón, borracho; él quiso hacer que se la llevaran presa.

—Su mujer de usted no tiene el genio suave, dijo uno cuando la vieja se hubo marchado.

—No es mi mujer es mi querida, contestó el campesino.

¡Pero había que oír el tono con que lo dijo! Evidentemente aquel viejo conocía á Murger y á sus amigos, y hacía la vida de bohemio á su manera.

Pero volvamos al cafetín. A medida que mis ojos iban acostumbrándose al picorcillo del humo, veía yo ir saliendo por la derecha y por la izquierda, en la densa niebla que nos rodeaba, una porción de cabezas famosas.

Cada hombre tenía su mesa, que venía á ser el núcleo, el centro de toda una legión de admiradores.

Pedro Dupont, viejo de cuarenta y cinco años, grueso y encorvado, con sus hermosos ojos de buey de labor, apenas visibles bajo sus pesados párpados, trataba, con los codos apoyados en la mesa, de cantar alguna de aquellas canciones políticas ó rústicas de hermoso ritmo y palpitantes de los bellísimos ensueños del 48, en las cuales resonaban los mil ruidos de los oficios de la Cruz Roja, embalsamados por los mil perfumes de los valles lioneses. Ya no tenía voz, destruida por el alcohol, parecía un ronquido.

—¡Necesitas el campo, pobre Pedro! le decía Gustavo Mathieu, el autor de *Los Buenos Vinos*, de *El Gallo Galo* y de *Las Golondrinas*.

De buena cepa de burgués auvernés, éste había navegado en su juventud y conservaba de sus viajes una gran afición á los aires puros y á los vastos horizontes. Los encontraba al rededor de su casita de Bois-le Roi, y no asistía al café más que para pasar por él, encorvado, sonriente, con aspecto de Enrique IV, y en todo tiempo con un ramito de flores del campo en el ojal.

Dupont ha muerto en Lyon, en aquella negra ciudad industrial, pobremente.

Sano y seco como un sarmiento, le ha sobrevivido mucho tiempo Mathieu. Hace muy pocos años que, después de una corta enfermedad, sus amigos le condujeron al cementerio de Bois-le Roi, cementerio separado por una simple barda de los campos, verdadero cementerio de poeta, donde se descansa sobre las rosas y á la sombra de las encinas.

El primer día que ví á Gustavo Mathieu, un muchachote alto, colorado, flaco, con aspecto

marcial que envidiaría un capitán, estaba á su lado, imitando su voz, copiando sus gestos, Fernando Desnoyers, un original que escribió *Brazo Negro*, pantomima en verso. Al otro lado de la mesa discutía uno con Dupont; era Reyer, nervioso, rabioso, que tomaba nota de los aires improvisados por el poeta; Reyer, el futuro autor de *La Estatua*, de *Sigurd* y de otras obras bellísimas.

¡Cuántos recuerdos evoca en mí el nombre sólo del cafetín! ¡Cuántas fisonomías ví allí por primera vez envueltas por el humo y al reflejo de los vasos de cerveza!

Citemos algunos al azar, entre los muchísimos que han desaparecido y entre los pocos que sobreviven. Ahí tenéis á Monselet, prosista delicado, buen poeta; sonriente, gordiflón, con pelo risado, el señor de Cupidon parece un galanteador abate del antiguo régimen; sin querer se busca sobre sus hombros la esclavinilla corta, flotando al aire como un par de alas.

Champfleury, por entonces jefe de escuela, padre del realismo, el cual confundía en el mismo furioso amor la música de Wagner, las porcelanas antiguas y la pantomima.

Al fin las porcelanas pudieron más: Champfleury ha visto colmados sus deseos, porque es hoy conservador del Museo cerámico de Sèvres.

Allí estaba Castagnary, con chaleco de grandes solapas, á lo Robespierre, cortado del terciopelo de un sillón viejo. Primer pasante en casa de un procurador, se había escapado del bufete para venir á recitar los *Castigos*, de Víctor Hugo, con todo el sabor de fruta prohibida. Lo rodean, lo aclaman, pero se va en busca de Courbet; necesita á Courbet; necesita hablar con Courbet sobre su *Filosofía del arte en el salón de 1857*. Sin renunciar al arte y sin dejar de escribir con elegante estilo páginas notables sobre nuestros salones anuales, aquel muchacho simpático, siempre con su burlona sonrisa en los labios, medio ocultos por sus bigotes caídos, se ha ido metien-



do poco á poco en la política. Concejal, luego director del *Siècle*, hoy consejero de Estado, ya no recita versos ni lleva chalecos de terciopelo grana.

Allí estaba Carlos Baudelaire, un gran poeta atormentado en el arte por la necesidad de lo inexplorado, y en filosofía por el terror de lo desconocido. Víctor Hugo ha dicho de él que ha inventado un estremecimiento nuevo. Y, en efecto, ha hecho hablar como él al alma de las cosas; nadie ha traído de más lejos esas flores del mal, resplandecientes y extrañas como flores tropicales que crecen hinchadas de veneno en las misteriosas profundidades del alma humana. Pacienzudo y delicado artista, muy preocupado de la frase y del vocablo, Baudelaire, por una cruel ironía de la suerte, ha muerto afásico, conservando su inteligencia, como lo espresaban dolorosamente las quejas de sus negros ojos, pero sin encontrar ya para traducir sus pensamientos, sino el mismo juramento confuso, repetido mecánicamente. Correcto y frío, de ingenio que cortaba como el acero inglés, de una cortesía paradógica, en el cafetín asombraba á sus compañeros be-



biando licores ingleses en compañía de Constantino Guys, el dibujante, ó del editor Malassis.

Aquel era un editor como no los hay, hombre de talento y literato, gastaba á lo príncipe una bonita fortuna, editando obras de gentes que le agradaban. También ha muerto; murió sonriendo, casi sin dinero, pero sin quejarse. Y me siento emocionado siempre que me acuerdo de aquella cabeza trapacera y pálida, alargada por las dos puntas de una barba roja que le daba aspecto de Mefistófeles del tiempo de los Valois.

Alfonso Duchesne y Delvau se me aparecen también en un rincón del cafetín. ¡Oiros dos! ¡Destino extraño en esa generación agostada en flor, en la cual nadie pasa de los cuarenta años! Delvau, parisiense, enamorado de París, lo admiraba por sus flores, amaba hasta sus defectos sus libritos, muy cuidados y llenos de hechos pequeños y de observaciones pintorescas, han llegado á ser el regalo de las gentes de buen gusto y la alegría de los bibliófilos. Alfonso Duchesne, famoso entonces por su gran disputa con Francisco Sarcey, el cual, enarbolando el pabellón de los arreglados enfrente de la bandera de los Bohemios, acababa de hacer sus primeras armas en literatura, publicando un artículo de batalla: *Los melancólicos de café*.

En el cafetín era donde Alfonso Duchesne y Delvau escribían sus *Cartas de Junius*, las cuales eran llevadas á la redacción del *Figaro* todas las semanas por un emisario misterioso, y que traían vuelto el juicio á todo París. Villemessant ya no juraba más que por aquel *Junius* misterioso. Evidentemente era un personaje. Todo lo indicaba así: el corte de las cartas, el tono burlón y caballeresco, cierto perfume de nobleza y de barrio aristocrático. Así es que hubo verdadero furor cuando cayó la máscara y cuando se supo que aquellas páginas aristocráticas estaban escritas á vuela pluma por dos bohemios llenos de necesidad en la mesa de una taberna. ¡Pobre Delvau! ¡Pobre Duchesne! Villemessant no les perdonó nunca.

Prescindo de muchos, porque se necesitaría todo un libro para ir describiendo el cafetín mesa por mesa.

Allí había también la mesa de los pensadores: esos no dicen nada, no escriben; piensan. Se les admira, se dice de ellos que son profundos como pozos, y el hecho es que bien podía creerse que lo eran, al verlos tragar jarro tras jarro de cerveza.

Cráneos desnudos, barbas en cascada, olor á tabaco fuerte, á sopa de coles y á filosofía.

Más allá blusas, boinas, gritos de animales, cargas, palabras de doble sentido: son artistas, escultores, pintores. En medio de ellos una cabeza fina y suave, Alejandro Leclerc, algunos de cuyos admirables frescos, que cubrían las paredes del ventorrillo del Molino de Piedra, en Chatillon, destruyeron los prusianos.

A ese se le encontró un día ahorcado, se había

ahorcado él mismo en medio de las tumbas, en el patio alto del cementerio del Père-Lachaise, en el sitio mismo desde el cual Balzac enseña á Rastignac la inmensidad de París. En mis recuerdos del cafetín de los Bohemios, Alejandro Leclerc aparece siempre risueño y cantando canciones de Picardía; y aquellos aires de su país natal, aquellas coplas rústicas esparcidas en torno de la mesa donde él se sentaba, en aquella atmósfera saturada de tabaco, no sé qué penetrante poesía de los trigos de los llanos.

Se me olvidaba hablar de las mujeres, porque también había allí mujeres; antiguas modelos de pintor, hermosas hembras, un poco ajadas.

Cabezas singulares y nombres extraños, apodos que huelen á malos sitios, partículas presuntuosas. Titina de Barancy y Luisa Nabajazo. Tipos irregulares, extrañamente afinados, que habían pasado de mano en mano, y que de cada uno de sus amantes habían conservado cierto tinte de erudición artística.

Ellas tenían opiniones sobre todas las cosas, y se declaraban según el amante del día, realistas ó románticas, católicas ó ateas. Aquello era comovedor y ridículo al mismo tiempo.

Muy pocas nuevas, jovencillas á quienes había admitido en su seno el terrible arcópago; la mayor parte de ellas envejecidas en aquella vida, habían conquistado por rigurosa antigüedad cierta autoridad indiscutible. Luego había las viudas, las antiguas queridas de autores ó de artistas conocidos, dispuestas á educar á cualquier principiante recién llegado de su pueblo. Un conjunto revuelto donde se fumaban cigarrillos que arrojaban pequeñas espirales azuladas de humo en medio de la densa niebla producida por las pipas y por los alientos.

Los jarros de cerveza ruedan, los mozos corren, las discusiones se agrian; hay gritos, brazos que se levantan, melenas que se sacuden, y en el centro, gritando por dos, gesticulando por cuatro, de pie encima de una mesa, moviéndose como si nadara en un mar de cabezas, Desroches, que guía y domina, con su voz de saltimbanqui, la batahola de aquella feria. Estaba muy bien de aquel modo, con aspecto inspirado, con la camisa abierta, la corbata suelta, flotante, hecho un verdadero bastardo del sobrino de Rameau.

Todas las noches iba á aturdirse, á emborracharse de palabras y de cerveza, á buscar colaboradores, á hablar de proyectos sobre libros, á engañarse á sí mismo y á olvidar que su casa le era odiosa, que era imposible trabajar sentado, y que ya no sería capaz de volver á escribir *Las uvas moscateles*. Cierta que había allí, en aquel cafetín, espíritus nobles y serias preocupaciones. Y á veces, un hermoso verso, una paradoja elocuente refrescaba la atmósfera como corriente de aire puro que disipase el humo de las pipas. Pero si había algunos hombres de talento, en cambio, ¡cuántos Desroches! Si había algunos instantes de viveza, en cambio, ¡cuántas horas tristes y perdidas!

Luego, ¡qué tristeza al día siguiente; qué despertar más amargo en el descorazonamiento de la náusea; qué disgusto de aquella vida que, sin embargo, no tenía una fuerza para dejar! ¡Ahí tenéis á Desroches; ya no ríe, queda en suspenso



la mueca que estaba haciendo, acaba de pensar en sus hijos que van creciendo, en su mujer que envejece, y que cada vez se encanalla más; en el látigo, en la gorra, en la blusa, en el traje de carretero, que parecía original en otro tiempo—una noche de baile de máscaras fué la primera que se lo puso,—pero que le parece nauseabundo ahora!

Cuando le acometían esas negras ideas, Desroches desaparecía, se iba á un pueblo y se llevaba á su extraña familia.

Vendedor de relojes, cómico en Odessa, alguacil en Bruselas, compadre de un escamoteador, ¿cuántos extraños oficios no ha tenido? Luego volvía cansado, disgustado hasta de eso mismo.

Un día, en el bosque de Bolonia, quiso ahorcarse, pero lo descolgaron unos guardias. En el cafetín le dieron broma, y él mismo hablaba de su aventura con una sonrisilla falsa. Algún tiempo después, decidido á concluir, se precipitó en una de esas espantosas canteras, abismos grises y calcáreos que hay en las cercanías de las fortificaciones de París. Allí pasó la noche, reventado y con los brazos y las piernas rotos.

Aún vivía cuando lo sacaron de la cantera.

«Vaya, ahora van á decir que soy el hombre que marra siempre.»

Esas fueron sus últimas palabras. Tuvo sesenta días de agonía, y luego murió. No le olvidaré jamás.

EL MAL ZUAVO

El grueso herrero Lory, de Saint-Maric-aux-Mines, no estaba contento aquella tarde.

Una vez apagada la fragua y luego que el sol acababa de ocultarse, tenía por costumbre ir á sentarse en un banco, delante de la puerta, para saborear esa laxitud que deja el mucho trabajo después de un caluroso día; y antes de despedir á los aprendices, bebía, con ellos, algunas copas de cerveza fresca, mientras los trabajadores abandonaban la fábrica.

Pero aquella tarde el buen hombre se quedó en la herrería hasta que llegó el momento de ir á la mesa, y aun allí, todavía estaba como ensimismado.

La vieja Lory pensaba mirando á su hombre:

—¿Qué será lo que tiene? . . . ¿Habrá recibido del regimiento alguna mala noticia que no quiere darme? . . . ¿Estará enfermo nuestro hijo? . . .

Pero no osaba preguntar nada, ocupada solamente en hacer callar á tres pequeñuelos rubios color de espiga, que reían en derredor de la mesa, mientras saboreaban una buena ensalada de rabanillos con crema.

Al fin el herrero, poseído de cólera, empujó su asiento.

—¡Ah! holgazanes, canallas! . . .

—¿A quién te refieres, Lory?

Y él por fin estalló.

—Me refiero, dijo, á cinco ó seis perillanes que desde esta mañana he visto andar vagando por la ciudad, vestidos con uniforme de soldado francés, del brazo de los bávaros. . . . Son de esos que. . . ¿cómo se dice? . . . han optado por la nacionalidad de Prusia. . . . ¡Y decir que todos los días vemos volver á esos falsos alsacianos. ¿Qué es lo que han bebido? . . .

La vieja trató de defenderlos.

—¿Qué quieres, hombre! después de todo no es tan grave la falta de esos muchachos. . . . está tan lejos ese Argel de Africa á donde los mandan. . . . Allí sienten el mal del país, y la tentación de volver es tan grande, la obligación de ser soldados. . . .

Lory dió un puñetazo en la mesa.

—¡Cállate, cállate! . . . ustedes las mujeres lo ignoran todo. A fuerza de vivir con los niños y sólo para ellos, todo lo discurren como lo discutiría un chiquillo. . . . ¡Vamos! te digo que esos hombres son unos holgazanes, unos renegados, unos cobardes, y si, por una negra desgracia nuestro Cristián fuera capaz de una infamia semejante, tan cierto como que me llamo Jorge Lory y que he servido siete años en los cazadores de Francia, le atravesaría con mi sable de parte á parte.

Y terrible, erguido, mostraba su gran lanza de cazador colgada al muro, debajo del retrato de su hijo, un retrato de zuavo, hecho en Africa;



mas al ver este honrado rostro de alsaciano, ennegrecido y quemado por el sol, con esas blancuras y esas sombras que toman los colores vivos en plena luz, el viejo, súbitamente se calmó, prorrumpiendo en risas.

—De nada se me calienta la cabeza, como si nuestro Cristián fuera capaz de eso. . . .

Y reanimado, volvióle su bello humor, y el buen hombre acabó de comer alegremente, y salió de la casa después de haberse tomado un par de copas de «*Ville de Strasbourg*.»

La vieja Lory quedó sola. Una vez que acostó á sus tres pequeñuelos cuya pausada respiración se oía en el cuarto de al lado, chiquitín como un nido, tomó su costura y se puso á zurcir junto á la puerta que daba al jardincillo. De tiempo en tiempo suspiraba pensando. . . .

—Sí, lo sé bien. . . . Son cobardes, son renegados. . . . Pero ¡es lo mismo! Sus madres estarán tan contentas de volver á verlos. . . .

Y, con el pensamiento, se remonta al tiempo en que su hijo, que entonces estaba allí, tenía que partir para el ejército. Mira el pozo artesiano donde acababa de llenar sus regaderas, en blusa, los cabellos largos, sus hermosos cabellos que le fueron cortados para ingresar á los zuavos.

Súbitamente la vieja se estremece. La puercilla del fondo que da al campo, se abre. Los perros no han ladrado. . . . El que acaba de entrar camina á lo largo del muro como un ladrón, se desliza entre las colmenas. . . .

—Mamá, mamá! . . .

Su Cristián está allí, con el uniforme desabrochado, ruboroso, casi temblando, la boca seca. El infeliz ha llegado al lugar con los otros, y hace una hora que ronda al derredor de la casa en espera de la salida de su padre para entrar. Ella querría reñirle pero no tiene el valor de hacerlo. ¡Hace tanto tiempo que no lo ve, que no lo abraza! Y luego da él tan buenas razones. . . . Se fastidiaba del país, de vivir siempre lejos de los suyos; además, la disciplina había llegado á ser muy dura y aquella manía de los compañeros de llamarle con el sobrenombre de *el prusiano* á causa de su acento de Alsacia. . . . Ella le creyó todo; no tenía sino mirarlo para creerlo.

Siempre conversando, llegaron á la sala baja. Los pequeños, despertados por el ruido, vinieron con los pies desnudos y en camisillas de dormir para besar al hermano mayor. Ofrecieronle algo de comer, pero no tenía hambre, sólo sentía sed, mucha sed, y bebía grandes tragos de agua para refrescarse un poco del vino y la cerveza que

desde por la mañana estuvo tomando en la taberna.

Pero alguien camina por el corredor: es el herrero que vuelve.

—Cristián, ahí está ya tu padre, pronto, escóndete mientras tengo tiempo de hablarle, de explicarle. . . .

Y lo empuja tras del gran hornillo; después quédase de pie, con las manos temblorosas. Por desdicha el fez del zuavo se ha quedado sobre la mesa, y es lo primero que Lory ve al entrar. La palidez de la madre, su confusión. . . . lo comprende todo.

—Cristián está aquí! . . . grita con una voz terrible, y, descolgando su sable, con loca precipitación, se lanza hacia el hornillo donde el zuavo está escondido, lleno de vergüenza, apoyándose en el muro para no caer.

La madre se arroja entre ellos.

—Lory, Lory, no le mates. . . . soy yo quien le ha hecho venir, diciéndole que tú tenías necesidad de su ayuda en la fragua. . . .

Y se arroja á los brazos de su marido, henchida de sollozos.

En la sombra de su recámara los niños lloran al escuchar esas voces llenas de cólera y de lágrimas, tan cambiadas que apenas las reconocen. . . .

El herrero se detiene, y mirando á su mujer:

—¡Ah! ¿eres tú quien le ha hecho venir? . . . entonces. . . está bien, que vaya á acostarse. Mañana veremos lo que hay que hacer.

A la siguiente mañana, al despertar Cristian de un pesado sueño lleno de pesadillas y terrores, se encontró en su recámara de niño. Al través de los vidrios encuadrados en plomo y donde se extienden grandes ramos en colores, se ve el sol bien alto ya en el cielo. Abajo los martillos golpean sobre el yunque. . . . La madre está allí, á su cabecera; no le ha abandonado en toda la noche, temiendo la cólera del padre. El viejo tampoco ha dormido. Toda la noche ha recorrido la casa, llorando, suspirando, abriendo y cerrando armarios. Y de pronto, entra en la recámara de su hijo, severamente vestido como para un viaje, con altas botas, el gran sombrero y el bastón de montaña, sólido y de punta ferrada. Avanza, recto, hacia el lecho.

—¡Vamos! pronto, levántate.

El muchacho, un tanto confuso, va á tomar su uniforme de zuavo.

—No, no, ese no. . . . dice el padre gravemente.

Y la madre, apenada, responde:

—Pero, amigo mío, si no tiene otro traje.

—Dale los míos. . . . yo ya no los necesito.

Mientras que el muchacho se viste, Lory dobla cuidadosamente el uniforme, el chaquetón, los grandes calzones viejos, y hecho el paquete, se cuelga del cuello el estuche de hoja de lata donde guarda su pasaporte.

—Ahora bajemos de prisa, dice.

Y los tres caminaron hacia la fragua sin hablar. . . . El fuelle lanza resoplidos; todos están en el trabajo. Al volver á ver la gran galera abierta, en la que tanto pensaba cuando estaba lejos, el zuavo recordó su infancia, cuando jugaba en aquel calor, mirando entre las brillantes chispas de la fragua subir y bajar el polvo negro. Vinole un gran acceso de ternura, un deseo inmenso de obtener de su padre el perdón; mas al levantar sus ojos encontráronse con una mirada inexorable.

Al fin el herrero decidióse á hablar.

—Muchacho, dijo, aquí está el yunque, los útiles. . . . todo esto es tuyo. . . . Y eso también, añadió mostrándole el jardincillo que se miraba en el fondo lleno de sol y de abejas, por entre el marco recortado de la puerta. . . .

—Las colmenas, el viñedo, la casa, todo le pertenece. . . . Puesto que has sacrificado tu honor á estas cosas, bien está que las guardes. . . . Eres tú aquí el amo ya. . . . yo. . . . yo parto. . . . Debes cinco años á la Francia, voy á pagarlos por tí.

—Lory, Lory, ¿á dónde vas? gritó la pobre vieja.

—¡Padre mío! . . . suplicó el muchacho.

Pero el herrero había partido ya, y se alejaba á grandes pasos, sin volver el rostro. . . .

En Sidi-del-Abbès, en el cuartel del tercero de zuavos, hay un enganchado voluntario de cincuenta y cinco años. . . .

ALFONSO DAUDET.



Había muerto sin agonía, tranquilamente, como una mujer cuya vida fué irreprochable; reposaba en su lecho, sobre la espalda, con los ojos cerrados, las facciones serenas, con sus largos cabellos blancos, cuidadosamente peinados como si se hubiese hecho el tocado diez minutos antes de morir, con su fisonomía pálida de difunta tan apacible, tan reposada, tan resignada, que luego se adivinaba qué alma dulce había habitado aquel cuerpo, qué existencia incontaminada había llevado aquella anciana tranquila, qué muerte sin sacudidas y sin remordimientos había tenido aquella santa.

De rodillas junto al lecho, su hijo, un magistrado de principios inflexibles, y su hija Margarita, en religión Sor Eulalia, lloraban sin consuelo. Desde su infancia los había armado de una moral inquebrantable, enseñándoles la religión sin debilidades y el deber sin gazmoñerías. El hombre era magistrado, y blandiendo la ley hería sin piedad á los débiles y á los desfallecidos, la hija, penetrada de la virtud que la había bañado en aquella familia austera, se había despedido con Dios, por disgusto de los hombres.

No habían conocido á su padre; sólo sabían que había hecho desgraciada á su madre, sin conocer más detalles.

La religiosa besaba locamente una mano de la muerta, mano de marfil semejante al gran Cristo yacente sobre el lecho. Al lado opuesto del cuerpo tendido la otra mano parecía estrujar aún las sábanas con ese ademán errante que se llama pliegue de los agonizantes, y el lino lo había conservado como un oleaje de la tela, como un recuerdo de los últimos momentos que preceden á la eterna inmovilidad.

Unos golpes ligeros dados en la puerta hicieron levantar las dos cabezas sollozantes, y el sacerdote que acababa de comer, entró. Estaba rojo, sofocado por el trabajo de la digestión, y había mezclado su café con fuertes dosis de coñac para luchar con la fatiga de las últimas noches pasadas y de la noche de velada que comenzaba.

Estaba triste, con esa falsa tristeza de eclesiástico para quien la muerte es un oficio. Hizo la señal de la cruz y dijo acercándose consuetudinario profesional: vengo á ayudaros á pasar estas tristes horas, hijos míos; pero Sor Eulalia contestó levantándose: gracias, padre mío; deseamos mi hermano y yo permanecer solos con ella, son los últimos momentos que tenemos para verla y queremos estar solos, como antes, cuando... cuando éramos pequeños y nuestra... nuestra pobre madre... No pudo terminar, tan abundantes eran sus lágrimas y tanto la ahogaba el dolor.

Tranquilizado el sacerdote, se inclinó pensando en su lecho: Como queráis hijos míos. Se arrodilló, se santiguó, oró, se levantó y salió suavemente murmurando: era una santa.

Se quedaron solos la muerta y sus hijos. Un péndulo oculto lanzaba en la sombra su ruido regular, y por la ventana abierta penetraba el suave olor de los pastos y de los bosques con la languidescente claridad de la luna. Ningún sonido en el campo, sino las notas ríspidas de las ranas y á veces un zumbido de insecto nocturno que entraba como una loba rozando los muros.

Una paz infinita, una divina melancolía, una silenciosa serenidad rodeaban á la muerta; parecían emanar de ella, exhalar al exterior y apaciguar á la naturaleza misma.

Entonces el magistrado, siempre de rodillas, con la cabeza hundida en el lecho, con una voz lejana, desgarradora, lanzada dentro de las sábanas y las ropas, gritó: Madre, madre, madre, y la hermana, abatiéndose sobre la tarima, pegando en la madera con su frente de fanática, convulsa, torcida, vibrante, como en una crisis de epilepsia, gimió: Jesús, Jesús, madre mía.

Y sacudidos los dos por un huracán de dolor, jadeaban, aullaban.

Después la crisis lentamente se calmó y lloraron de una manera más suave, como las calmas momentaneas siguen á las borrascas en el mar agitado.

Después, mucho tiempo después, se levantaron y se pusieron á contemplar el cadáver. Y los recuerdos, esos recuerdos lejanos, ayer tan gratos, hoy tan torturantes caían en su espíritu con todos los detalles olvidados, esos detalles íntimos y familiares que resucitan al ser desaparecido. Recordaban circunstancias, palabras, sonrisas,



entonaciones de voz de aquella que no les hablaría más. La veían feliz y tranquila, encontraban frases que ella les decía, y un ligero movimiento de su mano derecha, cuando pronunciaba un discurso importante.

La amaban como no habían amado nunca. Y notaban, midiendo su desesperación, cuánto la habían querido, y qué abandonados iban á quedar.....

Su sostén, su guía, su juventud toda, toda la parte alegre de su existencia era lo que desaparecía; su lazo con la vida, su madre, la carne

creadora, el punto de unión con los abuelos, era lo que no tendrían ya. Quedaban solitarios, aislados, no podían ya mirar detrás de ellos.

La religiosa dijo á su hermano: ¿Recuerdas que mamá leía siempre sus cartas? todas están allí, en su escritorio. Si las leyéramos, si viviéramos esta noche toda su vida junto á ella. Sería nuestro camino de la cruz, y conoceríamos á nuestros abuelos, á todos nuestros antepasados desconocidos cuyas cartas están allí, y de quienes ella nos hablaba tan á menudo ¿te acuerdas?

* *

Tomaron del escritorio varios paquetes de papeles amarillentos, atados cuidadosamente y colocados uno contra otro. Pusieron sobre el lecho aquellas reliquias y escogiendo una de ellas en la que estaba escrita la palabra «Padre» la abrieron y leyeron.

Eran de esas cartas viejas que se encuentran en los *secretaires* de familia, cartas que huelen al siglo pasado. La primera decía: mi adorada; otra: mi hermosa hija; luego otras: querida hija mía; otras aún: hija idolatrada; y luego la religiosa leyó en voz alta, leyó á la muerta su historia y todos sus tiernos recuerdos. El magistrado, con un codo sobre el lecho, escuchaba, con los ojos sobre la muerta. El cadáver inmóvil parecía feliz.

Interrumpiéndose Sor Eulalia, dijo: las pondremos en su tumba, le haremos un sudario con todo esto y lo sepultaremos con ella, y tomó otro paquete en el cual no estaba escrito ningún nombre revelador. Y comenzó en voz alta: «Mi adorada, te amo locamente. Desde ayer sufro como un condenado, quemado por tu recuerdo. Siento tus labios sobre los míos, tus ojos sobre mis ojos, tu carne sobre mi carne. Te amo. Te amo. Me has enloquecido. Mis brazos se abren; me estremezco sacudido por un deseo inmenso de abrazarte aún. Todo mi cuerpo te llama, te quiere. Guardo en mi boca el sabor de los besos.»

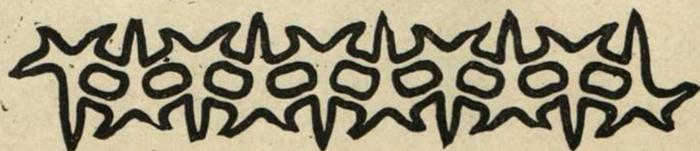
La religiosa se interrumpió, el magistrado le arrancó la carta y buscó la forma. Solo había estas palabras: El que te adora, y este nombre: Enrique. Su padre se llamaba René. No era pues, él. Entonces el hijo, con mano rápida, buscó en el paquete de cartas y tomando otra leyó: «No puedo vivir sin tus caricias.» Y de pie, severo como en su tribunal, miró á la muerta impassible. La religiosa, rígida como una estatua, con las lágrimas en los ojos, viendo á su hermano, esperaba. Entonces él atravesó el cuarto con pasos lentos, llegó hasta la ventana y con la mirada perdida en la noche, pensó.

Cuando volvió la cabeza, Sor Eulalia, con los ojos secos, estaba aún en pie, cerca del lecho, con la cabeza inclinada.

Se acercó, juntó apresuradamente las cartas que arrojaba desordenadamente en el cajón, y luego cerró las cortinas del lecho.

Y cuando el día hizo palidecer las bujías que ardían sobre la mesa, el hijo abandonó lentamente su sillón, y sin ver una vez más á la madre, que había condenado, dijo: Ahora, vámonos, hermana mía.

GUY DE MAUPASSANT.





EL ARRECIFE DE LAS SOMBRAS

—Siete clavos, como garfios, se han hundido en mis entrañas,
Oh Injusticia, cómo triunfas! Oh Tiniebla, cómo creces!...

La Fosa:

—Yo soy la tela insensible que tejen negras arañas....
Y con lágrimas y sangre se alimentan los cipreses!....

Primer sepulturero:

—Uno! Dos! Tres!... Un esfuerzo! Empujad hacia la fosa!

El muerto: (Sin desplegar los labios amoratados, y con
sonrisa resignada)

—Oh! Martirio! También tienes tus profundas embriagueces?

Tercer sepulturero:

—Se alza la Luna siniestra con una mueca espantosa!

El muerto: (con voz opaca)

—Oh! Injusticia, cómo triunfas! Oh Tiniebla, cómo creces!

Primer sepulturero:

—Cae una lluvia de sangre de una nube pavorosa!....

La Fosa:

—Y con lágrimas y sangre se alimentan los cipreses!

(Se hunde la Luna roja en el mar, y todo
queda en silencio.)

Como pulpo en acecho, proyecta el Arrecife
Entre la bruma pálida su amenazante orilla,—
Y van las Siete Sombras, en un extraño esquiife,
Sobre la Noche fosca cual una pesadilla....

Y van las Siete Sombras.... Y el Mar gime un lamento,
El Mar gime y solloza, cual una inmensa lira,—
Y, como negro cisne que en la ribera expira,
Sus elegías hondas canta al Azur el Viento!

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra.—1899.

VERSOS INOCENTES.

PUESTA DE SOL.

Por la calle solitaria
cuyo término confuso
vagamente se deslía
en el oro del crepúsculo,
silencioso y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
enhebrando fantasías
en el aire azul y puro.

Tranquila está la barriada,
los talleres están mudos,
no se ven las chimeneas
empenachadas de humo,
y á lo lejos, de las fábricas,
salen alegres, los últimos
obreros, que se atropellan
en caprichoso tumulto,
y cuyas blusas azules
borda el sol de hilos purpúreos.

Yo callado y pensativo
como siempre, voy sin rumbo.....

Mas de pronto me detengo,
mis quimeras interrumpo,
y las vanas fantasías
del pensamiento sacudo
para ver curiosamente
á dos chicuelos—un grupo
adorable—que cabría
en una canción de Hugo.

El la llama y ella acude,
se hablan bajo, y así, juntos,
siéntanse en los escalones
del portón, al pie del muro,
y en una seriedad cómica,
ella grave, y él adusto,
principia la conferencia
más inefable del mundo.

¡Oh! viejo pintor de niños
que andas en busca de asuntos,
mira: la luz pone toques
divinos á este conjunto!

En el fondo de sillares
con lepra, rojos y húmedos,
frescos y recién lavados,

por la lluvia, se ven puntos
de tan diversos matices,
—vivos, opacos, oscuros—
que en la rica policromía
de tonos suaves y crudos,
la pared arlequinesca
que, á trechos, ornan los musgos,
parece heno manchado
traviesamente con grumos
de color. Una parásita
en los ladrillos desnudos,
hinca su ramaje como
los tentáculos de un pulpo,
y entre la maraña verde
un jugueteón rayo súbito
en cada gota de lluvia
prende un rubí diminuto.

Y en la fantasmagoría
de la luz, que hace del muro
mosaicos de pedrería
y deslumbrantes y estucos,
los dos muchachos semejan
en medio de tanto lujo,
dos príncipes del oriente
en espera de sus súbditos.
¡Qué tocado de diamantes
en el ceniciento rubio
del cabello de la niña!
qué reluciente y qué fúlgido
el toisón que ostenta el pecho
del rapaz!... y qué conjunto
de áureas telas y tisúes
sobre los harapos sucios!

Andrajosa reinecita
que vistió la luz y cuyo
corpino de resplandores,
cubre el talle y ciñe el busto!

Duquecito del arroyo,
Buckingham que el cielo tuvo
á bien ataviar con sedas
y brocados del crepúsculo!

Tú ¿qué cuentas? Tú ¿qué oyes?
Tú la grave, tú el adusto?...
Yo me acerco poco á poco
y sonrío y los escucho.

Bien, muchacho! Fuiste al bosque
y corríste mucho, mucho,
y flores y mariposas
la traes... ¡Lindo tributo!
Tu gorra de saltimbanco—
hecha una criba—es refugio
de caléndulas doradas
y de rosas, donde ocultos,
se agitan entre los pétalos
los cuerpecitos con vulsos
de las pobres mariposas
heridas. Hundes los puños,
y narrando tus proezas
sacas con pueril orgullo
tu presente de perfumes
y de alas.... y el tributo
va cayendo, va cayendo,
del aire sereno y puro
á la falda de la niña
que oye con asombro mudo
la historia de la aventura,
mientras fijos en un punto
miran cosas invisibles
sus ojos meditabundos.

Cuando mi presencia notan
ella inquieta y él ceñudo,
parecen decirme: Vamos,
no nos turbes; vete, intruso.

Y yo me alejo sin pena
porque dejar solo es justo
á Buckingham de siete años
con Ana de Austria de un lustro.
Y pienso: yo también tuve
aventuras, y di muchos
regalos de alas y flores,
y fui amado y tuve orgullo.
Dí esperanzas, ilusiones,
fe, ternuras, con el único
placer de posar los labios
en unos cabellos rubios.
Un coloquio de chiquillos
fué mi amor....

Y taciturno,
solitario y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
por la calle silenciosa
cuyo término confuso
vagamente se deslía
en el oro del crepúsculo.

LUIS G. URBINA.

El Arrecife mudo, bajo la bruma helada,
Es una Esfinge ciega que el horizonte mira.....
El mar gime y solloza cual una inmensa lira,
Y cae la noche fúnebre como ala ensangrentada
De un negro cisne trágico, que en el silencio expira.
El mar gime y solloza cual una inmensa lira
Y canta el Viento astuto su pérdida balada.
El Arrecife mudo se iergue en el Misterio.
Pasa una Sombra, y dice:

—«Oh! mi siniestra huella
Donde la ortiga brota! Oh mi fatal imperio
Donde brilla una sola y agonizante estrella!»
Pasa otra Sombra y dice:

—«Yo vivo en lo más hondo
De la Desesperanza y del Remordimiento:
No hay abismo más negro que mi abismo sin fondo;
No hay filo lascinante como mi Pensamiento?»
Pasa otra Sombra y dice:

—«Yo soy como el gusano
Que se arrastra en las tumbas y en el horror camina:
Espanto, eres mi guía! Dolor, eres mi hermano!
Cómo acaricias, látigo! Qué blanda eres, espina!»
Pasa otra Sombra, y dice:

—«Yo soy cual una inmensa,
Cual una taciturna floresta deshojada;
Mis hojas van rodando por la planicie extensa
Al soplo de los Vientos febriles de la Nada!»
Todas las Sombras cantan:

—«La muerte nos conduce
Por sobre adelfas mustias y amargos asfodelos:
El Miedo es nuestra lámpara funesta que reluce
Debajo de la enorme tristeza de los cielos!».....

Cuatro sepultureros fornidos, en sus hombros
Conducen un gran féretro con una marcha extraña;
Cuatro sepultureros conducen entre escombros
Un atahud más grande que un trozo de montaña.

Llegan al borde obscuro de una profunda fosa
Y clavan siete clavos sobre la tapa negra;
Retumban siete golpes en la extensión brumosa
Y el gran martillo lívido parece que se alegra.

Luego, los cuatro empujan la caja lentamente,
Pero la caja, inmóvil, clavada sobre el suelo
Parece el negro monstruo de sueño febriciente,
Una Quimera horrible, que ha replegado el Vuelo...

Sobre el cielo sombrío, donde no luce un astro,
Detrás de nubes grises, como alas de vampiros,
La Luna, inmensa y roja, deja un sangriento rastro
Y como una intangible diadema de Suspiros.....

Se inclinan los adustos cipreses macilentos
Cambiándose un saludo con aire sigiloso,
O cabecean tristes, con vagos movimientos,
Como siguiendo el ritmo de un baile silencioso.

Y las nubes parecen empapadas en llanto,
En el llanto diabólico de invisibles Satanes:
Y el silencio se rompe, á veces, con el canto
De infinitos Dolores y estériles afanes.

Primer sepulturero:

—Cuánto pesas! Cómo abrumas! Cuánto pesas, negra caja!

Segundo sepulturero:

—Se diría que es un mundo de tristezas y dolores.

Tercer sepulturero:

—O que el muerto es un gigante, y es de plomo la mortaja...

Cuarto sepulturero:

—O el cadáver de tres siglos de venganzas y terrores....

El muerto: (mentalmente, y dejando correr de sus ojos
hinchados gruesas lágrimas)

Páginas de la Moda

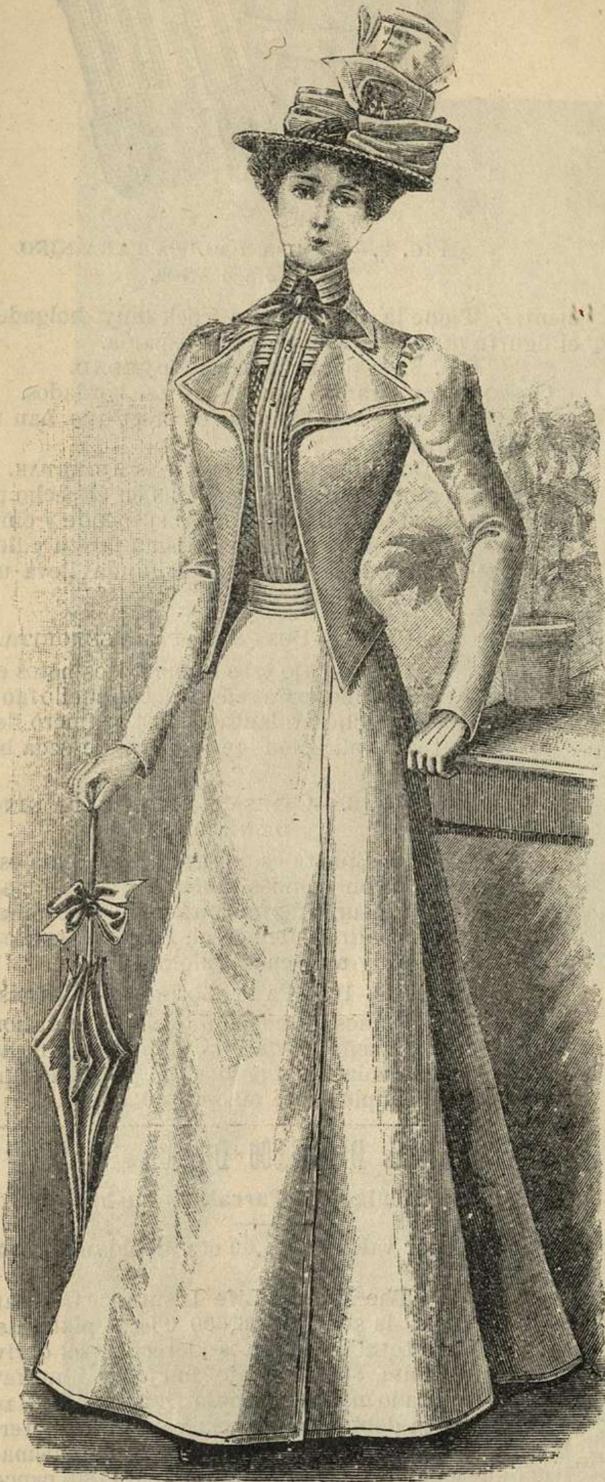


FIG. 1.—TRAJE DE CALLE.

El cultivo de las camelias.

Un hecho curioso de fisiología vegetal, es el siguiente: las camelias tiernas plantadas en macetas chicas del tamaño de un vaso de beber, poco más ó menos, que han crecido bien el primer año, tapizan completamente las paredes interiores del vaso con sus raíces; sacándolas de la maceta, se encuentra una especie de crín que indica la necesidad de alimentos, y la necesidad de una maceta más grande. Se ponen en una maceta más grande en el mes de Febrero ó Marzo, sin hacer ninguna fractura á las raíces, y el terrón se encuentra en contacto con excelente tierra nueva: ¡Y bien! las plantas así tratadas, crecerán menos que las que se hayan quedado en las macetas pequeñas. Esto es un hecho tan real, que los horticultores comerciantes saben aprovecharlo, para acelerar el desarrollo de sus plantas en el invernadero. Resultan de allí varias ventajas, de las cuales la más importante es, por una parte, el más violento crecimiento, y por la otra, la economía de terreno para la colocación de las macetas. Se pueden así colocar dos mil donde sólo cabrían mil quinientas, del tamaño que son necesarias para el trasplante siguiente.

¿Cómo explicar tan singular fenómeno? En Estío, cuando las macetas enterradas en un suelo húmedo y caliente contienen plantas que crecen vigorosamente, es casi seguro que las raíces pasan á través de la maceta, y que se apropian los jugos nutritivos que contiene el suelo, pero nuestras pequeñas camelias, no toman nada en otra parte que en su vaso, puesto que no pasa una sola raíz por debajo. He aquí la explicación del fenómeno, que es debido únicamente al agua de los riegos.



FIG. 2.—FROK PARA NIÑITAS DE 2 A 3 AÑOS.

Examinando al microscopio las raíces de las camelias en cuestión y de otras muchas plantas, se percibe que están un poco aplastadas de un lado, y si el microscopio es poderoso, se notan pequeñas chupaderas semejantes á las que se desarrollan en las chupaderas aéreas de la yedra, de la begonia, y de otras plantas que trepan, como éstas, en los muros y en los árboles que encuentran cerca de sí. Esa especie de depresión ó de aplanamiento, muy sensible en las plantas que acabamos de citar, es imperceptible en las raíces de las camelias tiernas; pero existe, y la causa es el obstáculo que encuentran en las paredes internas del vaso y el peso del terrón y de la planta.

La camelia encuentra en las paredes de la maceta, una humedad bienhechora y la frescura del suelo, cuyos resultados son estos:

Sabido es que las raíces tienen funciones absorbentes y facultades nutritivas, que están subordinadas á la fuerza higrométrica de su tejido, fuerza cuya acción es excitada por el principio vital de la planta, y que depende de la acción de los tubos capilares de que está formada cada parte del vegetal. Estos tubos que existen siempre, son más ó menos aparentes á la simple vista en ciertas plantas, y con fuertes aumentos en otras. Esta es una regla general que no tiene ninguna excepción.

Se comprende así, que las plantas, que toman del suelo la mayor parte de su alimentación, se asimilen tanto mejor las materias nutritivas cuanto que sus raíces encuentran esas materias compuestas de tal modo, que sus moléculas estén en relación con la fuerza aspirante ó absorbente de los esponjiolos ó tubos capilares de sus raíces. Ahora bien, nuestras tiernas camelias, que hemos visto con tubos de una pequeñez extrema, no pueden seguramente, apropiarse instantáneamente, la alimentación muy substancial que les ofrece la buena tierra en que se les coloca; pero pegadas á las paredes de un vaso que se conserva húmedo y fresco, por medio de riegos frecuentes, sus raíces se asimilan los fluidos y las moléculas gaseosas, muy ténues, que contiene el agua. El carbono, el ázoe, las sales y todas las materias orgánicas, á consecuencia de su descomposición en el agua, y de la formación del ácido carbónico que de allí resulta, desprenden una cantidad considerable de oxígeno y de hidrógeno que se incorpora al tejido vegetal, lo cual provoca en nuestras tiernas plantas, esa vegetación lujuriosa, ese rápido crecimiento de que hemos hablado. Pero esos fenómenos no se verifican, sino en tanto que las macetas son muy estrechas, y reposan en un terreno que se conserva fresco; si se les coloca en bancos, donde el aire y el sol las deseca, se obtendrán resultados enteramente contrarios, y en lugar del hermoso desarrollo que nos causa tanta admiración, veríamos sujetos enfermisos y raquíticos.



FIG. 3.—TRAJE DE PASEO.

Es tan cierto que las camelias de que nos ocupamos, no viven absolutamente más que á expensas de los jugos y de las sales que contiene el agua, que hemos notado que el agua de lluvia, en general muy saturada de gases atmosféricos, es muy superior para esto á la de los pozos, y ésta preferible al agua destilada, la cual deja languidecer las plantas. Sorprenderá tal vez, y aún se nos podrá objetar, que no es probable que plantas colocadas en un gran vaso, regadas cada vez que sea necesario, no aprovechen también los gases del agua, y los jugos que contiene la nueva tierra. Contestamos que esto no tiene nada de sorprendente. La nueva tierra contiene jugos muy substanciales, para la debilidad de los esponjiolos ó tubos capilares de las tiernas raíces; el agua de los riegos, que son mucho menos frecuentes, porque la masa de tierra es mayor, se carga de los jugos que ésta contiene, que entonces es muy espesa, é ingurjita y obstruye los vasos, y sólo después de un tiempo más ó menos largo, la transpiración excitada por el aire, y la dilatación de los fluidos por el calor, permiten á éstos circular en los tejidos, y llevar la vida y el crecimiento á todas las partes del vegetal.

CONOCIMIENTOS UTILES.

La miel para la vista.

Un periódico inglés dice que una señora sufría, según opinión de los médicos, de una catarata que era preciso operar; pero su vista volvió á su estado normal después de haber dejado caer por tres veces en los ojos gotas de miel pura y nueva.

Un periódico americano recomienda la miel como uno de los mejores remedios para las inflamaciones de la vista: se vierten algunas gotas de miel en una cucharita llena de agua caliente, se disuelve bien la

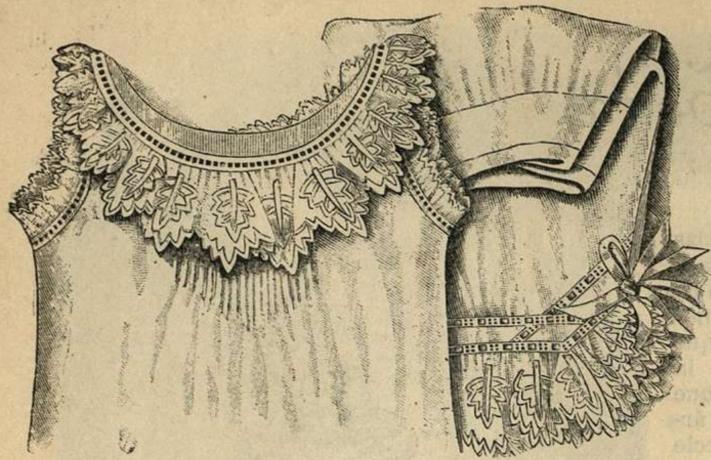


FIG. 4.—ROPA BLANCA ELEGANTE PARA DAMA.

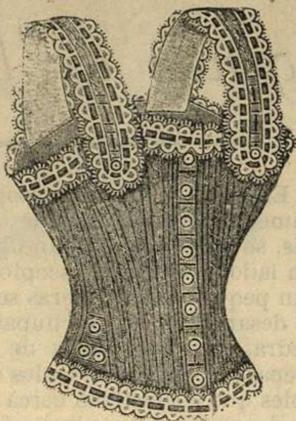


FIG. 6.—CORSET ULTIMA NOVEDAD.



FIG. 9.—CAMISA Y BLUSA PARA NIÑO DE 2 A 3 AÑOS.

miel con el dedo y se dejan caer de tres á cuatro gotas en el ojo, repitiendo la operación de cuatro á cinco veces por día, sin limpiarlo. Este remedio basta para curar en pocos días la inflamación de los ojos.

Tinta para escribir sobre las fotografías.

Se disuelven diez gramos de yoduro de potasio en treinta gramos de agua, y se añade en seguida un gramo de yodo y otro de goma arábica. Se escribe sobre la parte más negra de la prueba, los trazos aparecen pronto en blanco, á consecuencia de la acción del yoduro de potasio.

Fideos.

Echase por partes en el caldo ó en el consumado en ebullición los fideos quebrados, y se les deja hervir únicamente lo bastante para que sean cocidos sin estar demasiado blandos; se agitan de tiempo en tiempo y se retiran del fuego antes de que empiecen á desleirse, lo que enturbiaría el caldo y le haría perder en parte su agradable gusto. La sopa de fideos pierde mucho de su valor cuando se prepara demasiado pronto; sólo debe hacerse en el momento de servirse. La dosis es en tal caso de 80 gramos de fideos por cada litro de caldo; y es de 60 gramos por litro cuando se desea comerlos bastante espesos.

Las sémolas y las sopas de estrellitas ó pastas de Italia de diversas formas, deben prepararse con caldo, exactamente de la misma manera que la sopa de fideos.

Cabrito.

El cabrito se parece tanto al cordero, que pueden sustituirse mutuamente en todas las preparaciones cuyas fórmulas acabamos de dar. Siendo más rápido el crecimiento del cabrito que el del cordero, y siendo más corto el tiempo en que vive exclusivamente de leche de su madre, el cabrito solo es bueno para la carnicería hasta la edad de seis semanas ó dos meses. La carne del cabrito es más sana y más fácil de digerir que la del cordero, sobre todo cuando se come asado.

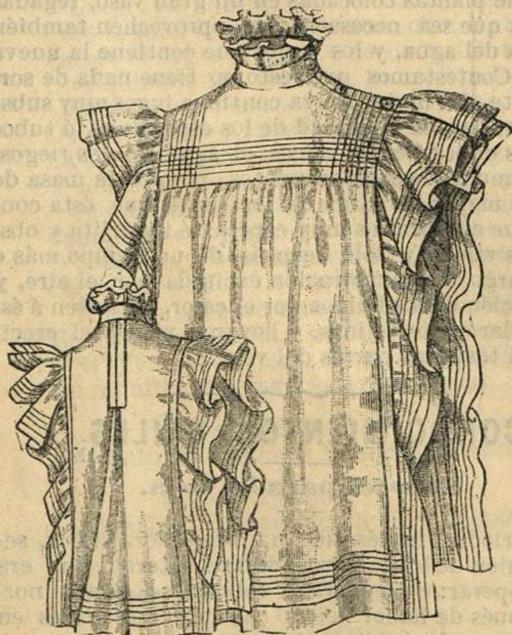


FIG. 5.—CHAMBRA FANTASIA.

Costillas, lengua, y patas de cordero.

Todas estas partes pueden recibir exactamente las mismas preparaciones cuyas fórmulas se han dado para las partes correspondientes de la ternera y del carnero. Solamente hay que advertir que las patas y la lengua de cordero han de cocer menos tiempo que las del carnero.

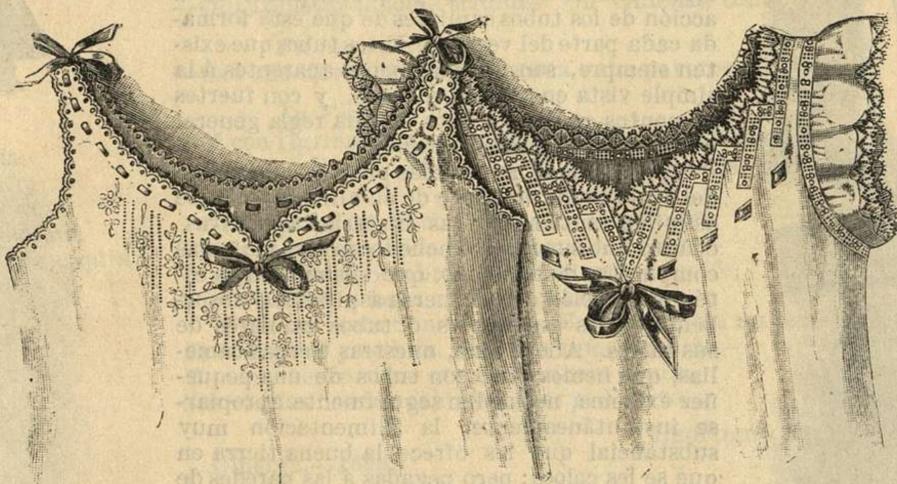


FIG. 7.—DOS MODELOS DE CAMISAS ABIERTAS.

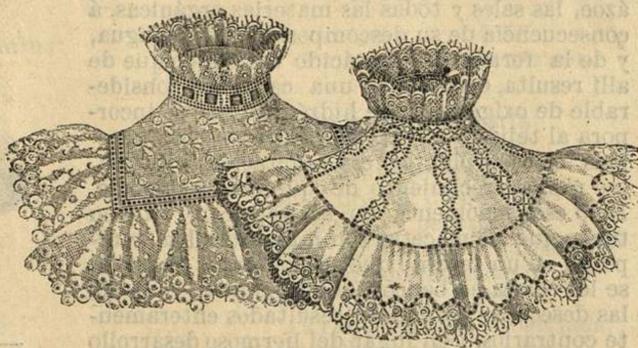


FIG. 8.—DOS PETOS PARA SEÑORITA.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE CALLE.

Está formado de una gran falda de piqué completamente lisa y de un jacquette corto de lo mismo. Esta se abre sobre una blusa de zéfiro muy ajustada y alternada de plissés de muselina blanca.

FIG. 2.—FROCK PARA NIÑITA DE 2 A 3 AÑOS.

De muselina de seda pointillé, finísima, con un capelito ó pelerinita de blonda. El frock ceñido por un gran lazo de seda.

FIG. 3.—TRAJE DE PASEO.

Ya tiene este figurín un estilo de media estación muy marcado. De cuadrillé todo, va adornado, así en el límite inferior de la falda, como en el de la capa de un leve asargado en ondas, que está unido también al talle y al cuello de la capa por tirantes figurados. La blusa es de satín y va adornada con una aletilla bordada de muy buen gusto.

FIG. 4.—ROPA BLANCA ELEGANTE PARA DAMA.

Compónese de una camisa de día y de unos pantalones, que llevan ambos como adorno, la primera á guisa de yoke, y el segundo, en los remates de las piernas, grandes remates sobre los cuales hay bordadas hojas de parra de muy bonito gusto. Un gran lazo azul enjareta y ciñe estas aplicaciones.

FIG. 5.—CHAMBRA FANTASIA.

De muselina finísima, avolantada en los hombros, de tal suerte, que los volantes caen en ondas decre-

cientes. Tiene la forma de un frock muy holgado y el figurín ofrece el delantero y la espalda.

FIG. 6.—CORSET ULTIMA NOVEDAD.

Obscuro con tirantes para hombros, bordados. Es una de las formas más bonitas de corset que han venido últimamente.

FIG. 7.—DOS MODELOS DE CAMISAS ABIERTAS.

Bordadas ambas sin yoke, cerradas en el pecho por un listón ajaretado. La primera se suspende y ciñe á los hombros por la misma jareta y lleva bordado de hilo. La segunda lleva una aplicación de blonda.

FIG. 8.—DOS PETOS PARA SEÑORITA.

Damos bajo este número dos petos elegantísimos para señorita, con cuello fantasía y fichú avolantado. El primero lleva todo aplicación de blonda de seda bordada.

FIG. 9.—CAMISA Y BLUSA PARA NIÑO DE 8 A 9 AÑOS.

La blusita es de sarga de media estación con grandes tableros y va ceñida de un cinturón del mismo género. La camisa es de cuadrillé de percal, obscuro, estilo escocés y muy encubridora.

FIG. 10.—PANTALONES ELEGANTES.

Damos un nuevo modelo de pantalones para señora, de lino finísimo graneado, con volantes sencillos, bordados los unos y simplemente plissé los otros.

OTRO PAGO DE \$6,000 DE LA "MUTUA"

En Hidalgo del Parral, Chihuahua.

Timbres por valor de \$6 00 cts. debidamente cancelados.

Recibí de "The Mutual Life Insurance Company, of New York" la suma de \$6,000 00 cts. plata mexicana en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 856,409, bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo Don Juan F. Ramsden, y para la debida constancia y en mi carácter de beneficiaria expido el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Hidalgo del Parral, Chihuahua, á 7 de Agosto de 1899.

Un timbre de \$0.50 cts. debidamente cancelado. Alejandro del Avellano, Notario Público de la ciudad de Hidalgo del Parral, Estado de Chihuahua, República de México, en actual ejercicio.

Certifico: que la firma que autoriza el recibo que antecede, es de puño y letra de la señora doña Raquel Gallardo viuda de Ramsden, y la misma que usa en todos sus negocios.

A pedimento de parte y para los efectos legales á que hubiere lugar, extiendo la presente en la dicha ciudad á 7 de Agosto de 1899, y la autorizo firmando y sellando.—Doy fé.—Firmado, ALEJANDRO DEL AVELLANO, N. P.—Rúbrica.

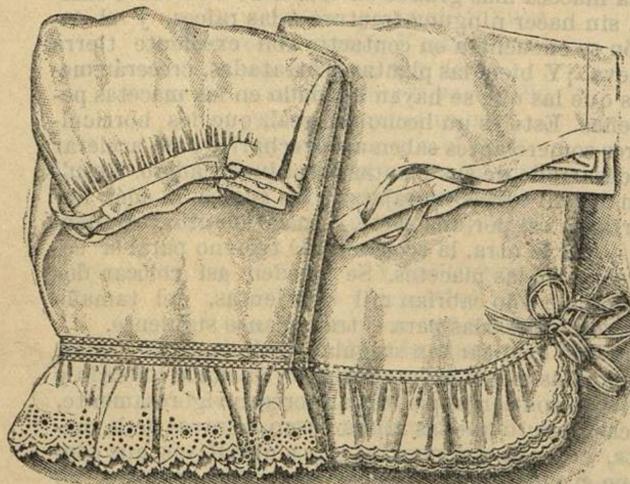


FIG. 10.—PANTALONES ELEGANTES.